

SERGIO BIZZIO

Mi vida en Huel



Lectulandia

A los doce años de edad perdió a su madre en un accidente en la ruta. Le estaba leyendo unos poemas por teléfono cuando de pronto la escuchó gritar. Al día siguiente la enviaron a vivir con su padre a Huel, un pueblo diminuto perdido en la llanura. Durante años no había sabido nada de él. Apenas lo recordaba como a un oficinista de vida ordenada. Ahora es un salvaje que cuida las formas: desayuna huevos crudos rompiéndolos directamente en la boca, vestido de saco y corbata. Se viste así para cenar y también los fines de semana, aunque no vaya nunca a ninguna parte.

La vida en Huel transcurre monótona y ociosa, hasta que la ex mujer de su padre regresa con la intención de quitarles la casa. Empiezan a levantar una nueva cerca de allí, pero día tras día los cimientos aparecen destruidos. A partir de entonces, lo verosímil comienza a enrarecerse y deformarse.

Lectulandia

Sergio Bizzio

Mi vida en Huel

ePub r1.0

lenny 04.03.2019

Título original: *Mi vida en Huel*
Sergio Bizzio, 2016
Diseño de cubierta: Juan Pablo Cambariere

Editor digital: lenny
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

La vida es una caída horizontal.

JEAN COCTEAU

*Sáquense la ropa, tarados,
arránquense la carne,
tiren los huesos...*

Tenía doce años cuando escribí estas líneas. Había escrito otras y ya sabía que quería ser poeta, pero esto era lo primero que me atrevía a leerle a mi mamá. Estaba leyéndoselo por teléfono y de pronto la escuché gritar. Siguió un ruido de chapas y vidrios rotos.

Manejaba Claudio, el nuevo novio de mamá. Por primera vez en décadas, este Claudio volvía a la ciudad donde había nacido. Mi mamá lo acompañaba. Apenas dejaron la ruta y tomaron el camino que lleva a la ciudad —cinco kilómetros de asfalto irregular en línea recta—, Claudio reconoció los campos, las primeras casas, los montes de álamos en los que tantas veces había jugado a los *cowboys* con sus amigos de la infancia, y se largó a llorar emocionado. Las lágrimas le hicieron perder el control del auto. Mordió la banquina. Volcaron. Mi mamá murió.

Al día siguiente los padres de una compañera de escuela en cuya casa me alojaba hasta que mamá volviese me subieron a un tren. Diez horas después bajé en Huel. Mi papá me estaba esperando. Yo apenas lo conocía. De hecho, lo único que recordaba de él —mis padres se separaron cuando tenía tres años— era una silueta borrosa que me besaba la frente a la hora de dormir. Supongo que se dio cuenta de que yo era su hija porque la única persona que bajó del tren aparte de mí era un conscripto.

—¿Viajaste bien? —fue lo primero que me preguntó.

—Sí, lloré todo el viaje de lo más tranquila.

Huel era un pueblo diminuto (nueve manzanas de trazado perfecto, ocho en realidad, como un cubo con un mordisco en un ángulo) en medio de una inmensa llanura cultivada. Al norte había un monte y un arroyo. La casa de mi papá estaba en las afueras del pueblo, cerca del arroyo.

En algún momento durante el trayecto entre la estación de trenes y la casa, mi papá, que era un hombre de pocas palabras, me puso al tanto de la existencia de Alicia, el hijo de la que había sido su segunda mujer. La mujer los había abandonado. Al enterarme de eso me imaginé inmediatamente rechazada. Ya me habían rechazado los padres de mi compañera de escuela, depositándome en un tren; ahora me rechazaría como a una intrusa el hijo del corazón de mi padre obligatorio, biológico.

—Es aquél —dijo cuando llegamos.

Alicio estaba sentado en la tranquera. Tenía un pasto larguísimo entre los dientes. Al ver que llegaba el auto bajó de un salto, abrió la tranquera, pasamos, se acercó y

me dirigió a través de la ventanilla cerrada una sonrisa y un saludo con la mano, que estaba sucia. Tenía quince años, aunque parecía mayor. Era grande, ancho y pesado. «¿Subís?», le preguntó mi papá con un gesto. Alicia negó con la cabeza. Me impresionaron las cejas: enormes, negras, con relámpagos azules.

La casa era una construcción aristocrática venida a menos. Faltaban tejas en el techo, baldosas en el piso, vidrios en las ventanas. Las paredes estaban descascaradas y tenían globos de humedad. En el baño de la planta baja (era una casa de dos pisos) había un charco de agua sobre la rejilla tapada. En la cocina había una sartén con restos recientes de cebolla, pero la base estaba pegada a la hornalla. Por la ventana del comedor se veían pastos de la altura de un hombre. También había un corral, con una vaca, dos caballos y una veintena de gallinas.

Mi primera impresión fue negativa, pero no me llevó mucho tiempo captar el espíritu del lugar y acoplarme a su abandono. Nadie se metía con nadie. Si mi papá quería un vaso de leche, iba él mismo con el vaso en la mano a ordeñar la vaca. Desde luego tenía autoridad sobre nosotros, pero la usaba poco y nada. Se comunicaba por medio de señas, en general de saludo y despedida, y ocasionalmente, si estaba muy cansado, con señas indicativas de un dedo, pidiendo u ofreciendo algo. Suficiente.

Mientras estuvo casado con mamá y vivía en la ciudad, era escribano. Tenía una oficina en el centro. Ahora era un salvaje que cuidaba las formas: desayunaba huevos crudos, rompiéndolos directamente sobre la boca, vestido de saco y corbata. Se vestía así para cenar, y también los fines de semana, aunque no iba nunca a ninguna parte.

Muy de tanto en tanto nos pedía a Alicia y a mí que fuéramos al pueblo a vender huevos y leche. Con la plata comprábamos velas, o pan, o una botella de vino, o nada más que vino. A papá le gustaba la bebida. También íbamos al arroyo a pescar, o a cazar perdices para la cena. El resto era fantasear, mirar la lluvia, o el vapor del sol, y seguir con la vista a un pájaro que buscaba dónde apoyarse... Los días pasaban tranquilos, uno detrás del otro, todos con la misma duración.

Alicio estaba siempre como en el limbo. Él mismo me contó al otro día de mi llegada que había dejado la escuela después de repetir tres veces el primer grado, como si fuera una gran presentación. En los días siguientes noté que ayudaba con algunas de las tareas de la casa, pero que nunca tomaba la iniciativa; había que pedirselo. A la mañana era siempre el primero en levantarse y a la noche el último en acostarse, y no hacía nada en todo el día. Pasaba las tardes sentado en la tranquera. Afirmaba los talones entre dos tablas, con los codos apoyados en los muslos y la cara en las manos, y enseguida se quedaba dormido. A veces se caía de cabeza.

Estábamos a principios de enero y creí que la abulia era efecto del calor, que en el campo suele ser terrible, pero a través de unas conversaciones perdidas me enteré de que papá y Alicia vivían así desde que la madre de Alicia los dejó de un día para el otro, años atrás. Papá me contó que Alicia había llorado semanas enteras, lo que me pareció lógico y al mismo tiempo me estremeció, más que nada porque yo no había soltado ni media lágrima por la muerte de mamá. Y no porque no la quisiera, sino porque no había encontrado la ocasión: al *shock* de su muerte había seguido el *shock* de mi expulsión de la ciudad y al *shock* de mi expulsión de la ciudad el *shock* del reencuentro con papá; no había tenido tiempo ni de pensar en mí. Me puse a llorar.

—Epa —dijo papá, que justo pasaba por ahí—, me dijiste que habías llorado todo el viaje...

—¿Sí? No me acuerdo.

Me quedé pensando en eso. Pero qué difícil es pensar en un lugar donde no se mueve nada. Hasta el zumbido del silencio, que siempre imaginé como una línea tensa que pasa de un lado a otro, me apuntaba de frente, fija como un punto. Escuchaba con toda claridad el tic tac de mi mente en blanco. En determinado momento levanté la vista, y a través de la ventana vi que Alicio agarraba una gallina por el cuello y la hacía girar igual que a una matraca.

—¡Quiero comer pollo, quiero comer pollo! —gritaba.

Nunca había visto nada tan cruel. Bajé corriendo y le supliqué que la dejara. Alicio me miró sorprendido y apoyó la gallina en el suelo con cuidado, como volviendo en sí. La gallina salió disparada hacia adelante. Corrió con el cuerpecito bien erguido, y ahora más ágil que antes, pero no conseguía enderezar la cabeza. Se detuvo unos metros más allá. Debía estar confundidísima. La agarré sin que ofreciera ninguna resistencia, y Alicio y yo le fabricamos un cuello ortopédico con varillas de caña trenzadas con alambre, que pareció dar buen resultado.

Al otro día papá también tuvo una explosión de furia y le descerrajó un escopetazo a la podadora de césped, que no quería arrancar. Después se encerró en el estudio —así llamaba a una pieza siempre cerrada con llave en el piso de arriba— y no salió más hasta el otro día. Lo encontré en la sala de estar, sentado en posición de loto sobre el sofá. Se había sacado los zapatos y las medias; tenía puesto un traje color petróleo, una camisa arrugada y una corbata negra muy finita.

—No sabía que meditabas... —le dije con tono de sorpresa. El comentario no tenía sentido, porque en realidad no sabía absolutamente nada sobre él, pero me pareció pertinente. Papá negó con la cabeza.

—Espero visitas —dijo.

Sobre el final de la tarde llegó una camioneta de la que bajó un hombre muy chiquito, con bermudas, camisa floreada y anteojos de sol, como si viniera de la playa. Traía una carpeta abultada en una mano.

Papá nos pidió a Alicio y a mí que los dejáramos solos. Una hora después, cuando volvimos, el hombre seguía ahí. En la mesa había una botella de *whisky* vacía hasta la mitad, seguramente obra de papá, ya que el otro seguía fresco como una lechuga, y un montoncito de papeles impresos, con sellos y firmas. Las firmas eran largas y apaisadas y se salían de la hoja.

—Le presento a mis hijos —dijo papá—: Irina, Alicio. El señor va a pasar la noche acá, así que podríamos agasajarlo con...

—No, no, no —dijo el hombre levantándose de la silla y recogiendo los papeles—, le agradezco mucho pero me tengo que ir, me esperan.

—¿Quién era? —le pregunté a papá mirando la camioneta que se alejaba.

—Un abogado.

No dijo nada más, pero Alicia y yo intuimos que la casa estaba en peligro. Mejor dicho, que nos querían echar. ¿Quién?

Una mañana mi papá empezó a levantar una cabaña al otro lado del monte, en un terreno fiscal. Le pregunté para qué quería una cabaña si ya tenía casa y me dijo que la casa era de la madre de Alicia, y que si un día la madre de Alicia decidía volver, lo más probable era que nosotros tuviéramos que irnos. ¿Y adónde íbamos a ir, si no teníamos nada? El problema era que tampoco teníamos con qué levantar una cabaña.

Papá fue al pueblo y vendió el auto, un viejo Chevrolet color musgo, con el techo abollado. Horas después, un camioncito de repartos descargó en el terreno bolsas de cemento, de cal y de arena, una sierra eléctrica y una caja con herramientas. En un segundo viaje trajo un montón de tablas y tablones.

Ya con los materiales a la vista, papá se quedó un rato largo acariciándose el mentón. Imaginé que se hacía la misma pregunta que yo: ¿cómo íbamos a construir una cabaña, si no éramos capaces de cambiar una baldosa o de arreglar una ventana?

Al otro día nos levantamos al alba y fuimos al terreno. Fuimos cantando, para darnos valor. La idea de papá era construir un rectángulo de cinco metros por tres, una caja de zapatos que podríamos ir ampliando después, ya más tranquilos, con un lugar donde quedarnos si efectivamente la madre de Alicia volvía y nos echaba de la casa. Desmalezamos y nivelamos el terreno. Papá cortó con la sierra eléctrica cuatro eucaliptus altos («¡Árbol abajo!», decía cada vez, como un dibujito animado), los peló y les hizo muescas en los extremos con un hacha de mano, para después encastrarlos. Al mediodía regresamos a la casa. Tomamos sopa con pan y volvimos al trabajo.

Al atardecer ya habíamos hecho los cimientos y colocado los cuatro primeros troncos, formando un rectángulo en el que papá cortó la abertura para la puerta. Se lo veía contento.

—Bueno, vayan —dijo.

Caía el sol. Alicia y yo volvimos a la casa. Papá se quedó en el monte cortando eucaliptus.

Estábamos tan cansados que nos dormimos en los sillones del comedor, oyendo el sonido de la sierra eléctrica a lo lejos. Yo me desperté a medianoche y la sierra seguía en funcionamiento. Volví a dormirme. La próxima vez me despertó el silencio.

Eran las once de la mañana. Alicia dormía despatarrado en el sillón; nunca había dormido tanto. Salí de la casa y vi a papá que se acercaba semidesnudo, agotado, caminando en zigzag. Tenía el pelo lleno de astillas de madera. En el pecho transpirado se le habían pegado hojas de todos los colores.

Se desplomó en el sillón hamaca de la galería y preguntó si había algo para comer. Le hice un plato de fideos y se lo llevé enseguida, pero él ya dormía, la cabeza apoyada en el respaldo, la boca abierta y las palmas de las manos hacia arriba sobre el asiento, como tomando sol. Cuando despertó ya era otra vez de noche. Maldijo entre dientes. Agarró de la heladera lo primero que encontró y empezó a caminar hacia el terreno.

Alicio y yo lo seguimos. Durante el día no nos habíamos atrevido a trabajar en la cabaña, sin su dirección, y ahora, medianoche, estábamos cansados y con sueño, pero también asombrados con su fuerza de voluntad y con el pasaje, tan brusco, de la abulia a la acción impetuosa, y estimulados por eso. Ya en el monte, sin embargo, la luz de la luna pintaba un panorama desolador.

Papá había hecho un verdadero desastre. Había cortado decenas de árboles sin ton ni son, acá y allá, a distintas alturas... Los árboles habían caído en todas direcciones, unos sobre otros, como un juego de palitos chinos. Separarlos, pelarlos y ordenarlos iba a dar muchísimo trabajo. Era como retroceder a menos de cero y empezar de nuevo desde allí. Un árbol se había desplomado sobre uno de los cuatro troncos apoyados en el cimiento, no del todo seco todavía, rompiéndolo, por lo que tendríamos que hacerlo de nuevo. Algunos de los tablones que había comprado en el pueblo, y que habían sido prolijamente apilados por los empleados de la maderera, aparecían rebanados por la mitad, como si en algún momento, ya agotado y sin saber lo que hacía, papá se hubiera puesto a cortar lo primero que encontraba a su paso.

—Uh... —murmuró Alicia.

Yo silbé para adentro.

Papá miró lo que había hecho como si lo hubiera hecho otro y aun así no le pareciera tremendo, y se puso manos a la obra. Estaba lleno de energía.

Alicio y yo reparamos el cimiento roto, lo que nos llevó varias horas, y en algún momento, sin darnos cuenta, nos quedamos dormidos. Al amanecer, cuando despertamos, papá ya había pelado y ordenado la mayor parte de los troncos y ahora, con un hacha de mano, les hacía muescas muy precisas para que encajaran unos sobre otros. A media mañana, satisfechos con el resultado de la jornada, volvimos a casa.

En el camino de regreso papá se detuvo varias veces a enderezar la espalda, algo que parecía incapaz de hacer andando. Se ponía las manos en la cintura y se arqueaba hacia atrás con los dientes apretados. Al pasar junto al corral señaló la vaca. Yo me apuré a buscar un balde para ordeñarla, pero minutos después, cuando entré a su pieza, lo encontré roncando. No había comido ni se había bañado. Le dejé en la mesa de luz un vaso largo lleno hasta el borde de leche con espuma y salí en puntas de pie sin cerrar la puerta.

También trabajó de noche al día siguiente, y al siguiente, y durante el resto de la semana. Nosotros lo acompañábamos. A medianoche nos dormíamos al aire libre, tirados en el pasto. El domingo no hizo nada. Se bañó, se puso el saco y la corbata, se sentó en la galería y se quedó mirando las estrellas hasta el amanecer. Yo acababa de levantarme. Me acerqué y le dije si no sería mejor cambiar el sueño.

—¿En qué sentido? —dijo él.

—Trabajar de día y dormir de noche.

—¿Y cuál sería la diferencia?

La diferencia era trabajar con luz, por supuesto, pero la pregunta era tan insólita que la respuesta se me escapó. A continuación me mostré preocupada por su salud.

La magnitud del esfuerzo que estaba haciendo era enorme, y además comía mal, con los días cambiados; desayunaba a las diez de la noche, cenaba al mediodía, y a veces ni siquiera eso. Papá hizo con la cabeza un gesto corto y un gesto largo que podían querer decir «sí» y «qué se le va a hacer», y a mí me quedó la sensación de que ni siquiera me había escuchado, pero no insistí.

Me inquietaba el resultado de la obra; si trabajaba a la luz de la luna no había problema, porque la luna de Huel era la luna más luminosa que yo había visto nunca, pero más de la mitad de las jornadas de esa semana habían sido noches negras, así que papá había trabajado a ciegas. Esperé a que cerrara los ojos y fui al monte.

Lo que vi me dejó helada y al mismo tiempo rabiosa. El esqueleto de cabaña había sido arrasado. No quedaba nada en pie. Debieron ser varios hombres, porque se habían robado los troncos, los tablones, la sierra eléctrica y el resto de las herramientas. Encontré un martillo tirado en el pasto. Lo alcé y se me llenaron los ojos de lágrimas. ¿Quién podía haber hecho semejante maldad? ¿Una cuadrilla municipal clandestina? ¿Un inversionista interesado en la compra de las tierras?

No me atreví a contárselo. Se lo empecé a contar a Alicia, pero me interrumpió y me dijo que ya lo había visto. Él tampoco se animaba a darle la noticia.

A medianoche, cuando papá amaneció, nos invitó a cenar afuera. Alicia y yo estábamos muy cansados, como siempre a esa hora, pero el entusiasmo de papá con la salida era tan grande que nos pusimos nuestras mejores ropas a fin de estar a la altura de su traje y lo acompañamos con gusto; había trabajado toda la semana como una bestia, se merecía ir a comer un domingo al pueblo. Pero ay, mañana a la noche, cuando viera lo que había pasado...

Ahora no teníamos auto, así que salimos a caballo. Alicia y yo íbamos en uno y papá en otro. A mitad de camino papá se dio cuenta de que no había agarrado plata. Nos dijo que lo esperaríamos. Fue, volvió y seguimos adelante. Ya en el pueblo, atamos los caballos a la reja de una casa en venta y caminamos hasta la pizzería. Estaba cerrada. No había nadie en ninguna parte. Era un páramo.

En la otra punta del pueblo, una cuadra más allá, había un bodegón con piso de tierra que solía llenarse de *snoobs* de la ciudad vecina, lo que a su vez atraía a la media docena de familias de clase media de Huel. Entramos en fila india y todo el mundo se dio vuelta a mirarnos. Noté que algunos parroquianos, seguramente locales, saludaban a papá con una inclinación respetuosa de la cabeza y que él respondía del mismo modo mientras buscaba una mesa libre.

Nos ubicamos al fondo del bodegón, a medio metro del mostrador, detrás del cual había una parrilla con los últimos cortes de carne, ya duros y ennegrecidos. El mozo, que era al mismo tiempo parrillero y cajero, además de propietario, estrechó la mano de papá y, mirando hacia atrás por encima de un hombro, prometió rescatarnos algo bueno.

Durante la cena nadie abrió la boca más que para comer. Y papá también para beber. Yo me la pasé mirando a los comensales en busca de los que habían destrozado

la cabaña. Un hombre altísimo, vestido de blanco, que tiraba las cenizas del cigarrillo en el plato... Dos morochos de mediana edad que comían con parsimonia impostada, los dos peinados con gel... Un enamorado que le besaba una y otra vez la mano a una mujer con un tic nervioso en un ojo... Todos me parecieron culpables, pero ninguno más que otro.

El ruido de las conversaciones, la música que salía de un parlante dorado sobre una tarima, el chirrido de las patas de las sillas al apartarse y arrimarse a las mesas — la circulación de gente era constante a pesar de la hora, como si en varios pueblos a la redonda no hubiera otro lugar donde comer— terminaron por distraerme de la cuestión principal, la identificación de los vándalos, y volví a sumergirme en el mutismo de la mesa familiar. Entonces papá me palmeó una mano (era la primera vez que me tocaba) y me dijo que no me preocupara, que mañana lo compraba todo de nuevo. Alicia y yo nos miramos con los ojos como platos. Lo sabía, estaba al tanto. Debí haber ido en algún momento de distracción nuestra a ver cómo marchaba la obra, como si la obra marchara sola, o como si no la estuviera haciendo él, o por el gusto de verla, simplemente, y haberse encontrado con el desastre. Me resultó admirable que, no obstante eso, hubiera tenido ánimo para llevarnos a comer afuera y además la entereza de tranquilizarme.

—¿Con qué plata? —le pregunté.

—Con la otra mitad.

Había comprado los materiales y las herramientas con la mitad del dinero de la venta del auto, así que la continuidad del proyecto estaba asegurada. Lo extraño era que no daba muestras de enojo por la destrucción del trabajo nocturno de toda una semana, ni de angustia por el dinero, que se esfumaba, ni de desazón por tener que empezar de nuevo. Al contrario, parecía sereno con la idea de una segunda oportunidad. Llenó el vaso de vino hasta el borde y lo vació sin respirar.

Al otro día, sobre el final de la tarde, tres hombres descargaron una nueva tanda de materiales y herramientas. Apenas se fueron, papá arrancó la motosierra y, mientras Alicia y yo reparábamos los cimientos, se puso a cortar y pelar troncos con el mismo entusiasmo de siempre, aunque ahora sin ansiedad. Cada vez que apagaba la motosierra lo escuchábamos silbar, y seguía silbando al prenderla de nuevo. Silbaba incluso con un cigarrillo entre los labios. A veces tenía dos, uno apagado y otro prendido, tan concentrado estaba en lo que hacía.

Siempre creí que fumar y beber eran cosas de tontos, pero no veía que los no fumadores y los abstemios fueran menos tontos, ni que estuvieran mejor. Ni siquiera era seguro que vivieran más. Los primeros corren más riesgos, según mi entender, pero los segundos les tienen tanto miedo a riesgos comunes a todos que la balanza de lo que nos hace bien y lo que nos hace mal termina equilibrada. Sin embargo me sorprendía que un fumador empedernido y borrachín como papá fuese capaz de llevar adelante una obra como aquella. Tenía un espíritu infernal. En la mitad de tiempo que en el intento anterior, ya había alcanzado y superado su propia marca.

Pero seguía empeñado en trabajar de noche, así que Alicia y yo nos turnábamos para vigilar la obra durante el día, mientras él descansaba.

Una tarde, en mi turno, sentí de pronto el viento de algo que pasaba por encima de mi cabeza, casi rozándome el pelo. Levanté la vista y vi un mono. En Huel no había monos, así que creí que se trataba de una ardilla, aunque tampoco había ardillas, tan pequeño era. Voló de un árbol a otro y desapareció.

Minutos después escuché las pisadas de alguien que se acercaba. Resultó ser un perro. No parecía agresivo, y me quedé sentada. El perro se acercó paso a paso, con la cola entre las patas, y me mordió un tobillo. Me mordió sin furia, sin dedicación, como cumpliendo con un deber, y me soltó enseguida. Yo agarré un palo y se lo partí en el lomo.

Estaba a punto de pegarle de nuevo cuando apareció un hombre con cabeza de piragua. Sí, el hombre llevaba una piragua apoyada sobre los hombros, con la cabeza adentro, como un sombrero. No podía verme con la cabeza metida en la piragua, así que me quedé quieta y él siguió de largo. El perro lo alcanzó y caminó a su lado mirando para atrás.

«Seguro que van al arroyo», me dije. Ya sé que no fue una deducción muy perspicaz; lo que quise expresar en realidad era cuánto me hubiera gustado tener una piragua y remar despreocupadamente arroyo arriba y arroyo abajo, disfrutando un poco de la vida... En ese momento exacto caí en la cuenta de lo amplia que era la incertidumbre que sentía. Y en efecto, la muerte de mamá ya no era nada al lado de la vida que llevaba con papá, y a cuyas excentricidades, sin embargo, me había acoplado tan bien, como si la inseguridad fuera una aventura. Me levanté y, escondiéndome de árbol en árbol, perseguí al hombre con cabeza de piragua y a su perro hasta que llegaron al arroyo.

Al sacarse la piragua de la cabeza el hombre resultó ser un viejo de unos cuarenta años, quizá un poco menos, rubio, de pelo muy corto, de mandíbula que en un primer momento creí larguísima, como la mandíbula de un alien, y en la que, mirando mejor, descubrí un mechón de barba dorada apuntada hacia arriba como un anzuelo. Llevaba al monito parado en un hombro, con la cola enroscada al cuello.

Echó la piragua al arroyo, hizo embarcar al perro con una patada y remó hasta que lo perdí de vista.

Reapareció un momento después. Venía a toda velocidad. Usaba un solo remo, un remo de doble pala, y remaba tan rápido que parecía un asterisco. El perro iba en la proa y se le volaban las orejas, igual que al mono.

Fue y vino de un lado a otro por el arroyo durante una hora o más. Finalmente se detuvo en el mismo punto del que había partido, cargó nuevamente la piragua sobre la cabeza y emprendió el regreso. El mono salió disparado hacia adelante, como una vanguardia.

Yo corrí de vuelta al lugar donde levantábamos la cabaña y me senté otra vez sobre la pila de troncos. Minutos después apareció el perro, seguido por el hombre, quien esta vez, al pasar a mi lado, se detuvo de pronto, inclinó la piragua hacia atrás, dejando la cabeza al descubierto, y preguntó:

—¿Hay alguien?

Me abracé a las rodillas y me quedé inmóvil, conteniendo la respiración. El perro, que recordaba el palazo que le había dado en el lomo, ladró apurándolo. El hombre siguió su marcha. El perro volvió a ladrar, ahora contento de irse.

Los seguí. Al otro lado del monte, sobre una elevación del terreno, había una casucha cuadrada, con dos pequeñas ventanas como ojos a ambos lados de una nariz que hacía de puerta y un único árbol de cuyas ramas colgaba ropa lavada, o sucia y puesta a ventilar; también había una silla y una mesita sobre la que alcancé a divisar el aleteo de las páginas de un libro en blanco.

El hombre abrió la puerta con la punta de la piragua, inclinándola sobre el picaporte, y el perro lo precedió en la entrada como si quisiera guiarlo, haciéndolo tropezar, por lo que recibió otra patada. El rechazo lo puso en alerta y empezó a ladrar en dirección a mí, que me acercaba a la casa en puntas de pie.

—¿Quién anda ahí? —preguntó el hombre desde adentro.

No hay nada que asuste más a los perros que el gesto de agacharse a recoger una piedra; saben perfectamente que es para ellos. Éste, además, supo dónde le daría, porque empezó a gemir agarrándose la cabeza con las patas. El hombre apareció en la puerta.

—¿Quién es? —dijo. Tenía la cara apuntada en línea recta hacia mí, pero tuve la impresión de que su mirada no me alcanzaba.

—Soy yo —respondí.

—¿Yo quién?

—Irina.

Al escuchar mi voz el hombre se relajó.

—¿Cenaste?

—No.

—Qué problema... —dijo. Apoyó un codo en el marco de la puerta y se rascó ruidosamente la cabeza—. ¿Comiste ayer?

—Sí.

—Bueno, algo es algo. Sentate, enseguida vuelvo.

Me senté a la mesa.

—¿Te importaría sentarte en el suelo? —me dijo desde adentro.

Me senté en el suelo.

Un momento después salió trayendo una sartén con un revuelto de papas, pastos y flores. El aroma, o la visión de la sartén, hizo que el mono se agitara en lo alto del árbol. El perro se ovilló bajo la mesa.

—¿Entonces? —dijo el hombre ocupando la silla.

Mientras esperaba mi respuesta, revolvió la sartén con la punta quemada de una cuchara. Yo no había entendido a qué se refería con «entonces», así que me mantuve en silencio.

—¿Te comieron la lengua los ratones?

—Tengo doce años —dije en tono de protesta.

—Ah, qué tremendo. Creí que tenías once. ¿Y qué anda haciendo sola una chica tan grande en un lugar como éste, si se puede saber? Antes de contestarme probá esto que se enfría.

Me alcanzó la cuchara. Era la única cuchara, y no supe si debía aceptar o no; si hubiera querido invitarme de verdad habría traído otra, pensé. Me quedé quieta y callada, dudando. Él alargó el brazo todavía un poco más y con la punta de la cuchara me tocó el mentón, como si me hubiera leído el pensamiento.

—Primero comen las visitas, después yo, después el perro y por último el mono —dijo—. Cuando se tiene una sola cuchara hay que hacerlo así.

Cargué una porción y me la llevé a la boca.

—Está muy rico —dije—. ¿Es pasto?

—El mejor de la zona. Y las mejores flores también. Las papas son para acompañar. A veces le pongo un poco de sal, pero me quedé sin provisiones. Me alegra mucho que te guste. Comé un poco más. ¿Estás perdida?

—No, no —dije yo cargando otra vez la cuchara—, vivo allá, al otro lado del monte. Mi papá construye una cabaña a quinientos metros de acá, y como trabaja de noche y la semana pasada alguien se la destruyó, mi hermano Alicio y yo nos turnamos para cuidarla durante el día...

—¡Cuántas novedades! —dijo él—. Me llamo Johnny. ¿Habías oído hablar de mí?

Negué con la cabeza.

—¿No?

—No.

—Qué increíble, somos tan poquitos y no nos conocemos. Yo tampoco había escuchado hablar de ningún Alicio y de ninguna Irina. Tengo que reconocer que nunca o casi nunca recibo visitas y que estoy un poco desinformado, pero bueno, qué se le va a hacer. ¿Cómo se llama tu papá?

La pregunta me dejó helada. No lo recordaba. Lo sabía, pero se me había hecho una laguna. Johnny se empezó a reír. Me ofendí.

—Mi mamá se llamaba Irina, igual que yo. Murió en un accidente el mes pasado —dije alcanzándole la cuchara. Johnny dejó de reírse y se puso a comer con hambre—. Sé el nombre del idiota que manejaba: Claudio. Y sé el nombre de todos mis amigos del colegio, uno por uno, pero...

—No importa, no llores.

—No estoy llorando.

—¿De verdad? Hubiera jurado que tenías los ojos llenos de lágrimas. ¡Mejor! ¿Qué vas a hacer cuando seas grande?

—No sé. Ahora quiero ser poeta.

Johnny enderezó la espalda y se quedó inmóvil con la cuchara apoyada en los labios. Inmóvil quiere decir inmóvil. No se le movía ni un pelo.

—Tengo un problema... —dijo.

Un segundo después se levantó de un salto, se arrancó la camiseta, se tiró boca arriba en el suelo, y empujándose con los talones arrastró la espalda desnuda por el pasto a un lado y a otro.

—Soy muy ágil —dijo cuando se levantó. Tomó carrera y dio una vuelta en el aire. Ni bien tocó el suelo con los pies, rebotó y dio una vuelta hacia atrás—. ¡Y hay que tener en cuenta que recién comí!

Finalmente volvió a sentarse.

—Habrás notado lo elástico que soy. Muy bien. El problema es que de tanto en tanto hay algo que me pica en un lugar de la espalda al que increíblemente no consigo llegar con las uñas. No sé si es un mosquito, siempre el mismo, o si hay una colonia de mosquitos ya avivados de que tienen que picarme justo ahí. ¡Es un milímetro cuadrado! ¿Cómo se explica que acierten siempre? A veces creo que soy yo, que los guío con la mente. Pero volvamos a lo nuestro. Así que poeta... ¿Y escribiste algo ya, o por el momento es nada más que una expresión de deseos?

—Escribí uno el mismo día que murió mi mamá. Se lo estaba leyendo por teléfono cuando...

—Ah, eso es terrible. ¿Qué otra cosa te gustaría ser?

Me encogí de hombros.

Johnny me mostró el libro abierto con las páginas en blanco:

—¿Sabés qué es?

Vi un montón de puntos en relieve. Parecían dibujos. Johnny empezó a acariciarlos con la yema de los dedos y a decir en voz baja, no más alta de lo

necesario para que yo lo escuche:

*Es un placer muy dulce
No decir nada más
Todo lo que hago es un ser invisible quien lo hace
Porque una vez abrochado todo azul y confundido
con el cielo me vuelvo invisible*

—¡Qué lindo! —dije cambiando de posición en el suelo.

—Va otro —dijo él y leyó:

*Hay excursiones en esquí
Se regresa del amor paf
Es completamente exquisito
Nada de ruido*

—¿Es un libro de poesías?

—Un recetario de cocina. Pero la autora pone cosas muy hermosas entre plato y plato. Mirá:

Te amo como una sartén al rojo en una caverna

—Esto es de... —palpó el nombre del poeta y lo leyó trabajosamente; por lo visto, a las terminaciones nerviosas de sus dedos se le daban mal los nombres y apellidos—... Ben... jamin... Per... et, Benjamin Peret. Los anteriores son de Ap... ollin... aire, Apollinaire. Sí, señor, me vuelvo invisible —dijo y cerró los ojos.

Supuse que era una indirecta, porque además de cerrar los ojos enlazó las manos sobre la panza y empezó a frotar en círculos la yema de los pulgares. Pero no estaba segura, quizá fuera una pausa. Me animé a hacerle una pregunta más:

—¿Vive solo?

—Por supuesto. También viven solos el perro y el mono, así que nos acompañamos de lo más bien. Y a propósito...

Le dio dos cucharadas de revuelto al perro. Con un silbido llamó al mono y le dio la última. Fin de la sartén. Después se dejó caer en la silla y en el acto se quedó dormido.

Miré a mi alrededor: atardecía en todas partes por igual.

Los huesos de mis rodillas sonaron cuando me levanté. Johnny abrió los ojos:

—¿Dormí mucho?

Le dije que no y que tenía que irme: no quería que me agarrara la noche.

—Vas a tener que volar —dijo él.

Me hubiera encantado, pero corrí.

La noche me agarró de golpe al salir del monte. De hecho, miré para atrás y el monte conservaba todavía una buena dosis de luz, como si la hubiera embolsado. Yo iba con el corazón a mil: mientras hablaba con Johnny, alguien había roto de nuevo los cimientos de la cabaña. Esta vez no se habían robado las herramientas, pero no quedaba nada en pie.

Veinte metros más allá me crucé con mi papá. Venía mirando al suelo y me pareció que hablaba solo, pero no alcancé a escuchar nada de lo que decía. Lo dejé pasar, salí de atrás del arbusto en el que me había escondido —llena de culpa por mi descuido—, y lo miré hasta que dejó de verse.

Lo vi de nuevo a la luz del monte. Se hamacó sobre los pies, vacilante, al encontrar los cimientos destruidos, y hasta diría que escupió a un costado. Después se quitó la camisa, arrancó la motosierra y bajó un árbol de un solo tajo.

Cuando entré a la casa, Alicia dormía boca arriba en el sofá del comedor. Tenía una erección tan evidente que me hizo reír y retroceder. Volví sobre mis pasos, ahora hacia adelante; subí la escalera, me metí en la cama, y supongo que en el acto me quedé dormida porque un microsegundo después, cuando abrí los ojos, ya era de día. Alicia estaba parado en la puerta.

—Llegó el abogado.

Me asomé a la ventana y el abogado, en efecto, estaba apoyado en la trompa de la camioneta, leyendo algo con desgano en el celular.

Alicia le había dicho que papá no estaba; ante la amenaza que representaba el abogado, no se le había ocurrido otra excusa. Pero en cierto sentido tenía razón, porque aunque papá sí estaba, estaba muerto.

Despedí al abogado con una firmeza que no me conocía y con la que literalmente sentí que pegaba un estirón, un estirón físico, y volví a entrar. Subí la escalera, abrí de golpe la puerta de su pieza, lo vi, me detuve, di un paso, dos, tres, cuatro, hasta que estuve a su lado, y le toqué la frente.

En la ciudad yo no usaba reloj, así que menos todavía iba a tener un reloj en Huel; en la casa no había; y en mi partida, tan rápida, me había dejado el cargador del celular en el cuarto de mi amiga, por lo que estaba sin batería desde principios de enero, y sin ninguna esperanza de encontrar un local que vendiera uno. Para saber la hora había que mirar al cielo. Eché un vistazo hacia afuera por la ventana y calculé que eran las diez de la mañana... Entre las diez y las once.

Bajé al comedor. Alicia estaba sentado en el sofá, con la mirada perdida y las manos entre las piernas. Juro que lo vi y que lo primero que pensé fue que lo había matado él. Nada indicaba que a papá lo hubieran matado, pero ¿por qué se me ocurría que Alicia podría haber hecho algo así?

Me senté a su lado en el sofá adoptando su misma posición y me hice una segunda pregunta, que barrió con la primera: ¿por qué lo mataría, si era lo único que tenía? No di con ninguna explicación, y enseguida la deseché. Pero la huella de la ocurrencia seguía ahí.

—Bueno, llegó el momento de hablar —dijo de pronto Alicia sentándose frente a mí con una rápida torsión de la cintura—. Somos menores de edad. No nos pueden echar. No tenemos adónde ir. ¿Me seguís? Son las diez de la mañana, diez y diez. Hacemos nuestra vida como siempre y mañana a la mañana llamamos por teléfono a la comisaría para decir lo que pasó.

Hablaba bien; yo nunca lo había escuchado hablar así, tan fluidamente y decidido, pero su discurso estaba lleno de puntos flacos.

—¿Y por qué no avisamos ahora? —le dije para empezar.

—Por las dudas —respondió Alicia al rato.

—¿Por las dudas? ¿Por las dudas de qué?

Esta vez no abrió la boca; se quedó asintiendo milímetro a milímetro con la cabeza.

Yo volví a la carga:

—¿Qué vamos a decir si le hacen una autopsia y descubren que murió un día antes de que diéramos aviso?

—Acá no se le hace autopsia a nadie. La gente se muere y se terminó. Y si le hicieran una, decimos la verdad: que a veces se encerraba en el estudio todo el día, y a veces dos. Y que eso a nosotros ya no nos llamaba la atención.

—Pero —insistí— ¿por qué tendríamos que llamar a la comisaría, como si fuéramos culpables de algo, y no a un hospital, o a un médico particular?

Alicia volvió a asentir, ahora mirándome fijo. Parecía descolocado.

—¿Por qué nos vamos a complicar así? —agregué—. ¿Murió naturalmente?

—Toda muerte es natural.

—Dale, Alicia, no te hagas el boludo, te lo pregunto en serio. ¿Lo mataste?

Alicia se levantó de un salto y se puso a bailotear como poseído, dándose palmadas en los muslos, revolviéndose el pelo con las manos y haciendo chirriar la suela de las zapatillas en el piso. Una explosión de nervios, pensé.

Cuando por fin se detuvo, se inclinó sobre mí más serio que una tumba y dijo:

—¿Vos estás loca?

Le sostuve la mirada.

—Si alguien pregunta —dijo— decimos que se fue y que no sabemos cuándo vuelve. ¿Querés terminar en la calle? ¿O preferís un orfanato?

No se habló más. Cavamos un pozo en la parte trasera de la casa y lo enterramos. La tierra era durísima y nos llevó horas de trabajo: no teníamos pala; cavamos con una cuchilla y con una azada vieja y desafilada. Alicia quiso meter en el mismo pozo a la gallina del cuello ortopédico, que así entablillada no había podido inclinar la cabeza para alimentarse, pero me negué y la enterramos en un pocito aparte. La maleza cubriría las tumbas en un abrir y cerrar de ojos.

Nos fuimos a dormir temprano. Estábamos tristes, creo, y tan cansados que no tuvimos ganas ni de comer.

A medianoche me despertó el sonido de la motosierra a lo lejos. Creí que era un sueño y me quedé un rato sentada en la cama, escuchando. La motosierra chillaba, ronroneaba y volvía a chillar.

Corrí en dirección al monte. A mitad de camino le di alcance a una silueta que corría delante de mí. Era Alicia. Iba descalzo y en calzoncillos. Seguimos a la par sin decirnos nada.

Papá había talado media docena de árboles y estaba pelándolos cuando entramos al monte. Al verlo, Alicia se sostuvo de mí tomándome de un brazo, lo que me pareció muy poco valiente de su parte, máxime cuando eso era justo lo que iba a hacer yo. Me solté y, temblando de pies a cabeza, di un paso adelante.

—¿Papá...?

—¿Vienen a ayudar? —dijo él con un cantito irónico. Estaba de espaldas a nosotros y no se dio vuelta al oírnos ni al hablar.

Trabajamos toda la noche. Al principio desconcertados, después aterrados, después nuevamente desconcertados, después pensativos... La cabaña avanzaba ahora a un ritmo que triplicaba al del intento anterior, que a su vez duplicaba al del primer intento; ya éramos expertos en cimientos y en la tala y colocación de los troncos; a la decisión inicial de construirla se sumaba ahora el orgullo de no dejarse vencer: levantaríamos la cabaña costara lo que costase, una y otra vez si fuera necesario, aunque nos pasáramos la vida empezando.

Un impulso de no sé qué emoción hizo que me abrazara a la cintura de papá cuando pasó a mi lado cargando un tronco sobre los hombros.

—Vamos, vamos —protestó él y me echó con un golpe de cadera.

—¿Viste que no lo maté? —me dijo Alicia en un susurro.

Al clarear volví a casa y fui directamente al lugar donde lo habíamos enterrado.

La tierra estaba revuelta. Si papá no se había dado cuenta de nada, era mejor que siguiera así. Aunque él no iba nunca a esa parte de la casa, agarré la azada, trasplanté un arbusto que nos serviría de coartada en caso de que dudara de haber tenido una pesadilla y fuera a ver, y alisé la tierra lo mejor que pude. Después, yo sí repentinamente llena de dudas, cavé en la tumbita de la gallina, que seguía ahí.

Una mañana volvíamos cortando campo como siempre, agotados después de una larga noche de trabajo, cuando vimos que de un auto estacionado frente a la casa bajaba una enorme tela roja con un sombrero negro en la cabeza. Nosotros estábamos a treinta o cuarenta metros de distancia, y el calor —era un día hirviente de finales de enero— hacía ondular el panorama completo hasta un metro de altura, por lo que lo único que se mantenía firme era el sombrero negro y la sospecha de que lo llevaba una mujer. Al verla, papá y Alicia frenaron en seco. Papá dijo: «Es Dima». Alicia dijo: «Es mamá».

Lo que sigue duró segundos...

Alicia nos miró con ojos de carnero degollado y salió disparado hacia adelante como una flecha. Digo como una flecha y digo bien, porque iba en línea recta, pero muy despatarrado; si perdía el equilibrio, seguía corriendo en cuatro patas hasta que conseguía erguirse otra vez. Y de pronto cayó redondo, envuelto en polvo. Un segundo después nos llegó el sonido del disparo.

Papá se quedó más quieto que antes, atónito. Yo volé hasta donde había caído Alicia y me arrodillé a su lado. Respiraba. Levanté la vista hacia la mujer y vi que tenía una pistolita en la mano, todavía apuntada hacia adelante. Acababa de sacarla de una cartera que hacía juego con el sombrero y que colgaba abierta de un hombro ahora encogido. La insulté entre dientes. Ella dijo:

—¡Creí que era un animal, creí que venía a atacarme!

Cargamos a Alicia entre todos. Papá lo agarró de un brazo, yo del otro y la mujer de un tobillo. Alicia nos ayudaba a trasladarlo, caminando con la pierna libre.

—¡Estoy bien! —decía—, ¡no tengo nada, no me dio...!

Pero le sangraba un hombro. Estaba tan contento de ver a su madre que se negaba a sentir la herida.

Dima resultó ser un encanto. Primero curó amorosamente la herida de Alicia (un rasguño) mientras le contaba cosas de su vida, todas muy divertidas; después sacó del baúl del auto dos paquetes envueltos para regalo, uno para Alicia y el otro para papá (a Alicia le tocó un portarretratos, a papá una bufanda; a mí me dijo: «Querida, no sabía que estabas acá, si no te hubiera traído algo a vos también»), y por último se metió en la cocina, donde la oímos abrir y cerrar puertas y cajones y de donde salió una hora después con una fuente en la que había una mezcla de papas crudas y fideos recalentados bañada con algo parecido a gelatina.

—¡Es un invento! —dijo excusándose con una gran sonrisa.

Papá me había dicho un momento antes, mientras Dima cocinaba, que no estaba seguro de que fuera ella. El comentario me sorprendió.

—Es gorda, es vieja y es simpática. Dima era flaca, joven y amargada.

—Alicia la reconoce como a su madre...

—Alicia ve a la madre en todas partes.

—Pero ¿por qué diría ella que es ella, si no lo es?

Papá no dijo nada. Tampoco dijo nada durante el almuerzo, que para él duró un bocado. Dio un sorpresivo puñetazo en la mesa y se retiró a su escritorio. Dima me dirigió una mirada cómplice, de mujer a mujer. Aparte de la complicidad, no entendí qué quiso decirme; ¿quizá que papá estaba mal de la cabeza? Levanté los platos y los llevé a la cocina. Cuando volví al comedor Alicia seguía sentado a la mesa, ahora solo. Dima había salido.

Por la puerta abierta alcancé a verla: daba dos pasos en una dirección y dos en otra, con el celular pegado a una oreja. Al parecer llamaba y nadie atendía, porque cortó irritada y volvió a discar y a pasearse a un lado y a otro, cada vez más nerviosa. Finalmente subió al auto y se quedó congelada con la nuca hundida a presión en el respaldo del asiento.

Noté la ansiedad con que la miraba Alicia, esperando que volviera. Le dije, para consolarlo, que ningún reencuentro es fácil después de una larga separación. Alicia asintió sin quitarle la vista de encima.

Tengo que confesar que el regreso de Dima me había llenado en partes iguales de alivio y de temor. Alivio porque no me parecía que tuviera ninguna intención de echarnos de la casa y temor porque, una vez que se adaptara al segundo capítulo de su vida con papá, y con Alicia, quizá empezara a rechazarme, y aunque sabía que papá saldría en mi defensa, mi vida en la casa podía convertirse en un infierno. Pensaba en eso cuando de pronto Alicia se levantó y caminó como un zombi en dirección a su madre. Al verlo venir, Dima se anticipó: bajó del auto, fue a su encuentro, le pasó un brazo por los hombros y lo arreó de nuevo hacia el comedor.

—Muy bien, chicos, a ver —dijo mirando la hora en su reloj pulsera—: ¿qué planes tienen para el futuro?

—Ser poeta —dije yo.

—¿Sí? Mirá vos. Cuando yo tenía tu edad...

Nadie le había dicho que construíamos una cabaña, que habíamos trabajado toda la noche y que estábamos molidos, así que debió resultarle muy extraño que nos quedáramos dormidos en la mitad de la conversación, Alicia en la mesa, con la frente apoyada en un brazo, y un minuto después yo; caí de costado en el sofá mientras la voz de Dima se perdía a lo lejos, en la vigilia. Lo último que pensé fue que ese día le tocaba a Alicia cuidar la obra y que sería correcto de mi parte relevarlo, ya que había llegado su mamá.

Dormida, escuché el llamado del celular de Dima. No estoy segura de haber abierto los ojos, ni siquiera uno, pero la vi taparse la boca y la oí decir en un susurro que sonó como un ladrido:

—¿De dónde sacaste que había muerto? ¡No, está acá, está acá, imbécil, está acá! ¿A quién? ¿Y me hacés venir desde allá sin comprobarlo?

Todo su encantó desapareció de un plumazo. ¡La bufanda *también* era para Alicia, y al encontrarse con papá, a quien creía muerto, Dima no había tenido más remedio que regalársela a él! ¿Podía ser tan cretina? Deduje que Dima no tenía

ninguna intención de retomar su vida con papá, y ni siquiera con Alicia, a juzgar por la elección de regalos tan desangelados e inservibles como aquellos. Deduje también que el abogado enano nos había escuchado decir, a mí o a Alicia, que papá había muerto, y había llamado a Dima para darle la noticia. Deduje todavía una cosa más: Dima había vuelto para vender la casa, agarrar el dinero y mandarse mudar. Pero ¿eso no era algo que podía hacer de todos modos, incluso con nosotros adentro? A menos que la casa no fuera de ella. A menos que la casa fuera de, por ejemplo, Alicia. Pero si la casa era de Alicia, ¿cómo no lo sabía él? Papá seguro que lo ignoraba; de lo contrario, no estaríamos deslomándonos en la construcción y reconstrucción de la cabaña...

Entonces escuché los pasos de papá. Bajaba la escalera. Se plantó cara a cara con Dima y durante unos minutos ninguno de los dos dijo nada. Dima, cruzada de brazos, le sostenía la mirada haciendo presión con la lengua sobre un colmillo, como si tratara de expulsar un resto de comida.

—¿Dónde nos conocimos? —preguntó por fin papá.

—¿Qué pregunta es esa?

—¿No sabés?

—¿Cómo no voy a saber?

—Decime.

—¿Me estás tomando examen?

—¿Sabés o no sabés?

—¿Vos te acordás?

Era un duelo de preguntas, muy hábilmente llevado por Dima y alimentado a pesar suyo por papá. El aire se cortaba con cuchillo.

—¿Cuál fue el primer auto que compré?

—¿Tan cambiada me ves, que dudás de que soy yo? ¡No pasó tanto tiempo, después de todo! Entiendo que estés molesto conmigo por haberme ido, pero jamás hubiera pensado que llegarías a este punto...

—¿Cuál fue el primer auto que compré?

—Un Gol —dijo Dima—. ¿Suficiente?

—Nunca compré un Gol —replicó papá. Algo lo hizo dudar y agregó—, ¿te referís a un Volkswagen Gol?

Dima dijo que sí con la cabeza.

—Falso —replicó papá.

—Falso no. Sabés muy bien que yo de autos no entiendo nada. ¡Ni siquiera sé qué auto tengo! ¿Es un Fiat? ¿Un Citroën? Para mí es todo igual.

—¿Dónde nos besamos por primera vez? —insistió papá.

—Vos en la frente, yo en la boca —respondió Dima.

—Sí, pero ¿dónde, en qué lugar?

—¡Buena pregunta! Dejame pensar... Creo que en un ómnibus... ¡Hace tanto de eso! A vos te preocupaba algo, no me acuerdo qué... —Dima se rascó el mentón con

las cinco uñas a la vez—. De lo que sí me acuerdo es de haberte dicho que no había nada en la vida que no tuviera solución, y que enseguida me besaste la frente, y que yo aproveché y te comí la boca. ¡Eras tan fácil de convencer! Y te lo dije: «Qué fácil de convencer que sos». ¿Te acordás de eso, o querés que siga?

Papá se quedó callado, esforzándose para hacer memoria, o quizá ya simplemente recordando. Después dio media vuelta y subió la escalera a paso aún más rápido del que traía al bajar.

Al minuto estaba de nuevo en la planta baja. Se había peinado y lavado la cara, a juzgar por el olor a jabón que inundaba el ambiente, y durante un rato bastante largo miró a un lado y a otro con las manos apoyadas en la cintura, a la espera.

Finalmente, extrañado, preguntó si Dima se había ido. No la nombró. Dijo: «¿Se fue?». Era obvio que se refería a ella, pero aun así le pregunté:

—¿Quién?

—Dima —dijo él—. ¿Se fue?

—Acaba de irse.

Y claro que se había ido, a menos que el auto se hubiera ido solo.

—¡Ahí vuelve! —dije a continuación señalando una pústula blanca a lo lejos.

En efecto, un minuto después el auto se detuvo otra vez frente a la casa.

—¿Hay algún caballero que tenga la amabilidad de cambiarme la rueda, si no es mucho pedir? —dijo Dima asomada a la ventanilla.

Papá se quitó el saco, se arremangó la camisa y en un periquete sacó la rueda pinchada y colocó la de auxilio. Dima subió al auto sin dar las gracias, puso primera y aceleró como si llegara tarde a alguna parte.

Papá y yo nos quedamos allí parados, uno al lado del otro, él con las manos engrasadas en los bolsillos, yo con su saco doblado sobre un brazo, mirando el auto que se alejaba, que frenaba, que volvía... Ahora echaba vapor a presión por los bordes del capot.

Mientras papá le ponía agua al radiador, yo di un paso hacia la casa para ir a despertar a Alicia, a fin de que pudiera despedirse de su madre, pero Dima, que estaba parada a mi lado, adivinó mi intención y me pescó del cuello de la remera con un dedo.

—Dejalo, dejá que descanse —dijo—, vuelvo otro día.

Subió por tercera vez al auto, ahora más apurada que nunca, arrancó y se metió a toda velocidad en la nube de polvo que había dejado al venir.

—No me gusta —murmuró papá.

No supe si se refería a Dima, o a algo por detrás de su partida.

Una tarde, no mucho tiempo después de la visita de Dima, aproveché que Alicia cuidaba la obra para hacerme una escapadita hasta la casa de Johnny. Mi propósito: llevarle sal y pedirle que me lea otro poema del libro de cocina.

Había una luz preciosa. Los campos tenían todos la misma comba, como sábanas tendidas una junto a la otra, inflamadas por los gases del suelo; un campo era verde, el otro amarillo, el otro a rayas; otro, visto a la distancia, presentaba complicados dibujos infantiles; otro un bordado... Yo avanzaba por entre los arabescos de un campo sin trabajar cuando empecé a oír los gritos de Johnny:

—¡Socorro!

Apuré el paso. Entré a la casa y lo que vi me dejó sin aliento.

Johnny estaba esposado boca arriba a los barrotes del cabezal de la cama, completamente desnudo.

—¿Quién es? ¡Socorro! ¿Hay alguien ahí? ¿Es usted otra vez?

—Soy yo, Irina.

—Irina, por Dios, menos mal que sos vos. Qué alivio. ¡Y qué vergüenza!

—No se preocupe, no lo miro. ¿Qué pasó?

—Después te cuento. ¿Podés sacarme las esposas, por favor?

Me tapé los ojos y fui paso a paso hasta la cabecera de la cama.

Eran esposas profesionales, policiales. Probé abrirlas con un tenedor, del que separé un diente que ni siquiera entró en la cerradura; probé con la punta de un cuchillo, y con un alambre que arranqué del colchón, y nada. No había caso. Johnny invertía en cada una de mis operaciones la misma esperanza de liberación que yo, así que después de intentarlo con todos los elementos disponibles, en una casucha tan pobre como aquella, quedamos los dos igualmente desolados.

Apoyé una nalga en el colchón y le pregunté cuánto tiempo hacía que estaba así. Me dijo que tres días, y que a lo mejor cuatro. Por lógica, hacía tres días, y a lo mejor cuatro, que no probaba bocado. Debía estar muerto de hambre, no sólo de miedo. ¿Qué hacer? Imaginé que le proponía llamar a mi papá, que tenía una sierra eléctrica, o a Alicia, pero que Johnny me decía que no, que ya le íbamos a encontrar la vuelta, y no dije nada. Fui a la cocina y le hice un poco de arroz. Comió con desesperación. Le puse en los labios un vaso de agua, que bebió sin respirar. Me dio las gracias. Dormitó. Lo cubrí con un trapo que encontré en el piso.

—¿Dónde está el perro? —le pregunté cuando abrió de nuevo los ojos.

—Calculo que ahí atrás. Escuché un tiro.

—¿Puede contarme ahora quién lo agarró así?

—Una bruja, ¿quién más? Yo volvía de remar y me estaba esperando. El mono se puso a chillar como una rata, pero no le hice caso. La mujer olía bien, me dijo que era nueva en la zona, y además... bueno, uno no tiene muchas oportunidades de ser amable con una mujer, viviendo en un lugar tan aislado como éste. Resumo, porque sos menor de edad y hay detalles que no te puedo contar: me pareció divertida su propuesta de esposarme a la cama. Hacía tanto tiempo que no..., por otra parte. Lo

hicimos dos veces y le dije que ya estaba bien, que podía soltarme, pero ella se rió a carcajadas, me obligó a tomar una pastilla y me cabalgó toda la noche. A la mañana se fue. A la noche volvió. Otra pastilla, otra cabalgata. Y al otro día lo mismo...

Mientras Johnny me relataba el infierno de sus últimas setenta y dos horas me di cuenta de que los barrotes de la cama eran de madera, una madera oscura y lustrosa que imitaba al hierro, y que yo podía serrucharlas y liberarlo. En la obra había un serrucho, pero no quería enterar del caso a Alicia. ¿Qué hacía yo visitando a un hombre desnudo esposado a la cama? Agarré una piedra y, efectivamente, con un par de golpes partí los barrotes y liberé al pobre Johnny.

Le di la sal. Johnny estaba tan sensibilizado que me lo agradeció con lágrimas en los ojos. Sin que yo se lo pidiera, se ofreció a leerme un poema cortito antes de irme. Primero se puso el pantalón, después sacó el libro de abajo de la cama, y ya se disponía a leer cuando de pronto el mono empezó a gritar en el techo, del lado de afuera. Se acercaba un auto.

—¡Es ella, es ella! —dijo Johnny—. ¡Rápido, metete abajo de la cama, yo me encargo! ¡Ayúdame a enganchar las esposas en los barrotes!

Se quitó el pantalón, se acostó, estiró los brazos hacia atrás y yo ensarté las esposas en los barrotes quebrados. Después, como los extremos seguían unidos al marco del cabezal, los junté lo mejor que pude y, muerta de miedo, me tiré de panza abajo de la cama.

Silencio.

Ranas, grillos.

—Shh —dijo él, aunque yo no había dicho nada—. ¡Ahí viene...!

El motor se detuvo frente a la casa y los faros se apagaron. Alcancé a ver que del auto bajaban dos gruesas piernas enfundadas en un pantalón oscuro, con zapatos también gruesos y oscuros. Todo indicaba que era una mujer enorme. Se detuvo en el umbral de la puerta y dijo con voz aflautada:

—¿Cómo anda mi pichoncito? ¿Me extrañaba?

La cama se dobló bajo su peso cuando se sentó en el borde para quitarse los zapatos y las medias, que apestaban. Otra vez de pie, se quitó los pantalones. Tenía las piernas más anchas que había visto en mi vida, y además blancas y venosas. Por un momento las flexionó para buscar algo en un bolsillo del pantalón tirado en el suelo; después subió a la cama. Por los crujidos, calculé que acababa de arrodillarse sobre Johnny, y que ahora se inclinaba hacia adelante...

—Vamos a comer este rico caramelito, ¿sí? —dijo con voz sensual—. Abra la boca, a ver... ¿No quiere? Pero qué barbaridad...

En ese momento las esposas se zafaron de los barrotes.

Lo que siguió fue un amasijo asordado de cuerpos que golpeaban el colchón, cayendo, rodando. La cama se movía en todas direcciones. Temí que la estructura pudiera romperse y aplastarme, y salí reptando. Por un instante mi mirada se cruzó con la mirada de la mujer. La mujer estaba de rodillas. Johnny se había ubicado detrás

de ella, casi subiéndoselo encima, y la ahorcaba con la cadena de las esposas. Me tapé la cara, aunque debí taparme los oídos. La mujer emitía un ruido con la garganta, un ruido exclusivo de la garganta, ni del paladar ni de las cuerdas vocales, como si quisiera escupir y no pudiera. Después hubo un silencio, y la mujer se desplomó hacia adelante. Era tan pesada que arrastró a Johnny en la caída.

—Lamento mucho que hayas tenido que ver esto —me dijo Johnny masajeándose las muñecas—, pero no sé qué hubiera ocurrido si te sorprendía acá adentro. No tuve más remedio.

Yo miré el cadáver y di un paso atrás, aterrada. Sentí que mi sangre dejaba de circular.

—Johnny —dije—, es policía...

—¿Quién?

—La muerta. Está vestida de servicio y vino en patrullero...

—¿En serio? Ah, qué metida de pata.

—¿Y lo dice así, tan tranquilo?

—No estoy tranquilo, estoy agotado y no puedo ni imaginar lo que sería pasar el resto de mi vida en la cárcel. Necesito descansar.

Yo era cómplice del crimen, desde luego, así que lo dejé descansar apenas un minuto. Teníamos que deshacernos del cuerpo y del patrullero cuanto antes.

El cadáver era muy grueso de la cintura para abajo y muy delgado de la cintura para arriba. Producía la impresión de ser el cadáver de dos personas distintas unidas por la mitad, y más todavía con la parte de abajo desnuda y la de arriba de uniforme. Johnny la agarró de las piernas y yo de los brazos y la metimos en el baúl. Ahora el problema era quién manejaba. Yo no había estado nunca al volante de un auto, ni siquiera de un auto de juguete, y Johnny no veía... Decidimos que manejara él; yo le iría diciendo por dónde.

Agarré el pantalón, los zapatos y las medias de la violadora y subí al patrullero.

Era noche cerrada. Había tormenta. De un momento a otro empezaría a llover. Johnny, con las esposas todavía puestas, manejó siguiendo mis indicaciones durante kilómetros, entre campo y campo, hasta que salimos a un camino de asfalto. Para hacer los cambios tenía que soltar el volante.

—Derecho, Johnny, viene un camión de frente...

Dije eso y me di cuenta de que íbamos con las luces apagadas. Me incliné sobre el tablero y toqué todos los botones a la vista.

Lo hice doblar a la izquierda; había encendido sin querer las balizas azules del techo y no creí conveniente seguir adelante por un camino tan transitado como aquél. Mientras tocaba de nuevo los botones para apagar las luces del techo, abandonamos el asfalto y avanzamos por un camino lateral, de tierra, que fue angostándose hasta que hizo plop y desapareció.

Yo había conseguido apagar las luces, y ahora no se veía nada. Era el lugar ideal. Nos detuvimos. Bajamos el cadáver, le calzamos el pantalón, las medias y los

zapatos, lo dejamos en el suelo al lado de la puerta abierta y nos fuimos.

Habíamos caminado unos diez minutos cuando Johnny se dio cuenta de que seguía esposado. Tuvimos que volver. Mientras Johnny revisaba el cadáver en busca de la llave, yo aproveché para borrar con la punta de la remera las huellas digitales del volante y los picaportes. Pregunté de pronto:

—¿Tenía bombacha?

—¿Cómo saberlo? —dijo él.

Volvimos callados. A mí el paisaje no me decía nada, no reconocía nada; iba en una oscuridad casi tan profunda como la de Johnny, de no ser por los relámpagos. Pero Johnny caminaba a paso firme, seguro de la dirección que debíamos seguir, lo que me tranquilizó, y me dejé llevar. Una hora de marcha después me preguntó:

—¿Era linda?

—¿Qué clase de pregunta es ésa?

—No sé. Estuvo abusando de mí durante tres o cuatro noches y el único consuelo que encontraba yo mientras ella me violaba era desear que por lo menos tuviese una linda cara. El cuerpo era muy pesado. Me aplastaba y me desanimaba. «Si al menos tuviera la certeza de que es linda», me decía. Para mí las caras son muy importantes, mucho más que el cuerpo, ¿sabés? Una cara bella consigue que un cuerpo poco feliz se convierta en un cuerpo al menos sonriente, pero no sé qué clase de fuerza debería tener un cuerpo perfecto para sostener una cara espantosa. Empieza a llover...

Las primeras gotas de lluvia cayeron muy aisladas unas de otras, produciendo un ruido de pasos a nuestro alrededor y levantando decenas de nubecitas de un polvo fantasmal en la tierra del camino. «¡Por fin!», me dije cuando empezó a llover abiertamente. La lluvia borraría las huellas del auto, y también nuestras propias huellas. En cuestión de segundos ya caminábamos en el barro. Empapada pero más tranquila, me tomé del brazo de Johnny para no resbalar y me quedé pegada a él hasta que llegamos a su casa, horas después.

Habíamos caminado toda la noche. Johnny sacó un banquito y nos sentamos a la intemperie para que la lluvia nos lavara las piernas; estábamos embarrados desde los pies hasta las rodillas.

Ya limpios, entramos a la casa. Johnny me ofreció un trapo de piso, con el que me sequé la cara y el cuello mientras buscaba con la vista la bombacha de la violadora. No la encontré; me convencí de que la mujer no usaba bombacha y me asomé a la puerta. Empezaba a clarear. La lluvia había cesado. Inspeccioné los alrededores de la casa y comprobé que no había ninguna huella de las ruedas del patrullero. Volví a entrar. Johnny roncaba sujetando con fuerza al mono por la cola. Cerré la puerta y me fui.

En casa no teníamos radio ni televisor y papá no compraba nunca el diario, así que no sabía nada de lo que se decía sobre el asesinato; la policía de Huel podía haber acusado del ahorcamiento a un inocente tanto como haberse dado por vencida, que yo no me habría enterado. Cuando se me ocurrió la posibilidad de que hubieran detenido a Johnny, salí como de una nube y me acerqué a su casa apenas lo suficiente para ver que estaba ahí y que estaba bien (discutía con un árbol) y me retiré enseguida: no tenía ninguna gana de hablar del crimen; incluso si nos hubiéramos puesto a hablar de otra cosa no habríamos hecho más que subrayar la complicidad que nos unía. Así que, por el momento, me dije, lo mejor que podía hacer era mantenerme alejada. Lamentaba, eso sí, y mucho, verme impedida de escuchar los poemas del libro...

Fui a verlo dos días después.

—¿Cómo se siente? —le pregunté.

—¿Cómo me siento? ¿Y cómo me voy a sentir? ¡Perfectamente bien!

Johnny me leyó un poema.

Daba vuelta las páginas en busca de otro cuando de pronto me pregunté, enderezando la espalda: «¿Y por qué no voy y me compro un libro?». Con «voy» pensaba en Huel y con «libro» en un libro cualquiera, desde luego. Si era bueno, mejor. Si no, ya encontraría la manera de sacarle provecho. Me levanté de un salto.

—¡Enseguida vuelvo! —dije.

Exprimí la vaca, que por suerte estaba que reventaba, ya que ni Alicia ni papá la habían ordeñado en días, y caminé hasta el pueblo con un balde rebosante de leche que pensaba vender para comprarme el libro. Cuando llegué a Huel, en el balde había mucha menos leche de la que había al partir —un poco se me había volcado por culpa del camino, lleno de pozos y piedras que me doblaban los tobillos, y otro poco me la había tomado yo, sirviéndomela directamente en las manos ahuecadas—, pero aun así calculé que debía ser más que suficiente. Hacía muchísimo calor.

Me paseé por las calles desiertas buscando un comprador. En el almacén se me rieron en la cara. El dueño del restaurante donde habíamos cenado semanas atrás me aconsejó ir de puerta en puerta, y eso hice, pero no encontré ningún interesado. En una de las muchas puertas a las que llamé, una señora con el pelo lleno de pinzas y ruleros me hizo notar que en la leche había pastos y moscas. En otra, una oriental entrada en carnes me dijo que la leche estaba «gorda y amarilla». Era notable el parecido que había entre la gente y lo que llevaba en el balde. Pero no conseguí venderle una gota de leche a nadie.

Me había sentado en el cordón de una vereda, desanimada, con la cabeza entre las manos, cuando un autito negro muy brillante se detuvo a mi lado y una señora me preguntó si me sentía bien. Le dije que sí, y le ofrecí la leche a mitad de precio. La señora se rió.

—¿Vendés siempre en esta esquina? —dijo.

—No, solamente hoy. Necesito vender la leche para comprarme un libro.

La señora volvió a reírse, pero ahora con una risa pensativa.

—No hay librería en Huel —dijo—. La librería más cercana está en Perdigón. Yo voy para allá. ¿Querés que te lleve?

Perdigón Rasante era un pueblo a diez kilómetros de Huel. Coloqué el balde en el piso del auto, me senté y lo sujeté con las piernas.

—Puf, qué aroma... —dijo la señora con una risa de desagrado y arrancó despacio, no fuera cosa que la leche se volcara—. ¿Y cuál es el libro que necesitás?

—No sé. Cualquiera. Un libro de poesías.

—¿Un libro de poesías? ¿Y para qué querés un libro de poesías?

—Para leerlo, claro.

La señora se rió alzando las cejas y abriendo mucho los ojos. Risa de sorpresa. Disponía de una gran cantidad de risas que no eran risa, sino expresiones o ilustraciones cantarinas de otros sentimientos. La explicación al hecho de que se riera de cada cosa que decía yo, o que decía ella, e incluso de cosas que veía en el camino (risa tensa al esquivar un perro, risa lamentable al pasar junto a un camión volcado) era, según ella misma dijo, una deformación profesional: se dedicaba a una disciplina, cuyo nombre no recuerdo ahora, que estudia los diferentes efectos de la risa en el cuerpo y en la psique. Así que me torturó con su abanico de risas durante todo el viaje. Cuando por fin nos detuvimos frente a la librería de Perdigón Rasante, no la toleraba más.

La librería no era verdaderamente una librería sino una papelería. Un viejito enérgico se me vino al humo al verme entrar, me tomó de un brazo y me acompañó de vuelta a la salida.

—No se puede entrar al local con alimentos —dijo—. Además eso tiene muy feo olor, linda, no sé si te das cuenta...

Dejé el balde en la vereda y volví a entrar.

—¿Podría decirme dónde puedo comprar un libro de poesías?

—Bueno —dijo el viejito frotándose el mentón—, acá mismo.

Tenía un único libro a la venta, y él era el autor. Dejó en mis manos un ejemplar con su foto en la tapa, veinte años más joven: se llamaba Luis Barandeli; el título del libro era simplemente *Poesías*.

—¿Puedo pagarle con leche?

—Es un obsequio —dijo él—. No todos los días se encuentra uno con lectores de poesía tan jóvenes como ti, como tú. ¿Sos de acá?

—No, de Huel.

—¡Ah, Huel, Huel! —exclamó—. La nada misma.

Caminé hacia la estación de trenes con el balde en una mano y el libro abierto en la otra, leyendo.

*Misteriosa deidad que presiente
con temor y esperanza el humano,
cuando al cielo levanta la frente*

y del Mundo el porqué busca en vano...

No era lo que esperaba, pero seguí leyendo camino a la estación. Unas cuadras antes de llegar me encontré de casualidad con Alicia. Él pareció incomodarse al verme. Estaba en una esquina conversando con una chica. Sujetaba al caballo de las riendas y mientras hablaba las usaba para darse golpecitos en el cuello, en un brazo, en una pierna, como si lo molestara una mosca.

—¿Qué andás haciendo por acá? —me dijo.

—Vengo de Perdigón. Fui a comprar un libro.

Le mostré el libro.

—¿Qué es? —preguntó la chica con voz de gusanito.

Alicio no tuvo más remedio que presentármela.

—Sergia, Irina, la hija del marido de mi mamá, Irina, Sergia, una amiga.

Sergia se mantenía apoyada a la pared con un pie. Llevaba puesto un vestido de una sola pieza color azul. Era un azul tan eléctrico que producía un efecto de tornasol. Tenía los párpados pintados también de azul y las uñas de negro.

—¿Son letras? —preguntó hojeando el libro a toda velocidad.

—Poesías.

—Sergia es cantante —dijo Alicia.

—Y compositora —agregó ella—. Qué increíble, justo le estaba diciendo a Alicia que necesito letras con urgencia para unos temas míos. Pero esto... No, no creo que esto me sirva... —me devolvió el libro—. Tengo tres temas mudos. Me desespera.

—Bueno —dijo bruscamente Alicia—, yo me tengo que ir... ¿Vos en qué andás?

—A pie.

—¿Querés que te lleve?

Me di cuenta de que Alicia se hacía el duro adelante de su amiga y, para seguirle el juego, le contesté con sumisión:

—Si no te molesta...

—No, no hay problema, pero tirá esa leche que tiene un olor tremendo.

Era cierto. La leche se había echado a perder, aunque yo seguía sintiendo el mismo olor que tenía al ordeñarla. Me aparté para que Alicia y Sergia pudieran despedirse a solas y volqué la leche en la cuneta. En el fondo del balde quedó un bicho ahogadísimo, con forma de clip y del color de un caramelo de menta chupado.

Alicio me ayudó a montar.

Saludé a Sergia con la mano. Ella me devolvió el saludo con la cabeza.

—¡Nos vemos! —le prometió a Alicia apenas nos pusimos en marcha.

Esperé a que estuviéramos lo suficientemente lejos para que Sergia no me oyera, porque el silencio en Huel distribuía el sonido en un radio de trescientos metros, es decir en *todo* Huel, y aun así le pregunté al oído si no creía que esa chica era muy grande para él.

—¿Grande? ¿Cómo grande? ¿Cuánto le das?

—Treinta.

—Tiene veinte.

—Sí, en cada pata.

—¡Te juro! —dijo Alicia y con las riendas en la mano se besó un dedo en cruz. El caballo miró rápido a izquierda y a derecha y arriba y abajo.

—¿Desde cuándo la conocés?

—De recién.

—¿Y entonces por qué jurás?

—Porque lo creo.

Me quedé callada.

—Ella parece que gusta de vos —le dije un rato después, más que nada para reanimarlo: habíamos salido al galope y ahora íbamos al paso, incluso deteniéndonos a gusto del caballo, que encontraba pastos frescos a cada rato. A ese ritmo no llegaríamos nunca.

Alicio lo espoleó y ganamos velocidad. Aparte de eso, no dijo nada más.

Justo cuando la cabaña estaba más avanzada, en relación con los intentos anteriores, y papá de mejor humor que nunca, los vándalos habían vuelto a destrozarla. Eso había ocurrido mientras Alicia coqueteaba con una prostituta y yo viajaba a Perdigón Rasante en busca de un libro de poesías. Papá lo había reconstruido todo de nuevo, sin ayuda y sin quejarse por nada, lo que no sólo me hizo sentir culpable sino además saber que lo era, que lo éramos los dos, tanto Alicia como yo: papá se deslomaba para darnos un futuro, y nosotros no pensábamos más que en vivir.

Lo hablé con Alicia y estuvo de acuerdo: teníamos que bajar un cambio y colaborar. Supe que Alicia me mentía, porque era incapaz de hacer lo que decía (era así), pero igual me fui a dormir sin dar más vueltas, como si le hubiera creído. Apoyé la cabeza en la almohada, decidida a hacerme cargo de todo sola, y en el acto (no recuerdo nada más) me quedé dormida.

Desperté al amanecer. Me lavé los dientes, hice mate cocido, puse unas gotas de aceite con sal en unas rodajas de pan, acomodé todo sobre una tabla, incluida una servilleta, y fui al monte a relevar a papá.

Lo encontré sentado sobre unos troncos, con la mirada en el suelo.

—¡Quieta! —dijo sin levantar la vista cuando me sintió llegar—. ¡No te muevas!

Acto seguido, señaló una por una la copa de seis árboles a nuestro alrededor. Flechas caseras colocadas en arcos también caseros y tensados al máximo apuntaban a los cimientos, donde había una serie de percutores unidos a los arcos con tanzas invisibles; si alguien llegaba a verlas, de todos modos pensaría que se trataba de una técnica para mantener nivelados los troncos que hacían de paredes, y al pisar los percutores...

Papá me guió con un dedo. Me senté a su lado y le di mi opinión: era muy peligroso.

—Es lo que quiero —dijo él.

Mojó el pan en el mate cocido y comió con hambre, sin atender a ninguno de mis argumentos: por allí podía pasar un inocente, o dos inocentes, e incluso si eran los vándalos quienes morían ensartados tendríamos un problema, un problema grave. Nada le importó. Terminó su desayuno y se fue a dormir.

Lo primero que hice cuando me quedé sola fue desactivar los percutores. Me inquietaba el hecho de que papá no perdiera la calma ni siquiera cuando planeaba asesinar a los que lo acosaban... Pero de pronto creí entender cuál era su verdadero objetivo: comprometerme a cuidar su trabajo, sin escapadas ni distracciones; o cuidaba la obra hasta que la cabaña estuviera terminada, o —flor de responsabilidad— alguien podía morir.

No me moví de ahí en todo el día. Dormité, soñé, soñé despierta, leí dos veces el libro de Barandeli (la primera vez sentí que su poesía me hacía envejecer, la segunda empezó a divertirme), hasta que se hizo de noche y volvió papá. Traía una ventana que había arrancado de la casa para colocarla en la cabaña.

—Última semana de febrero —dijo—. Vas a tener que ir a la escuela.

—Ni loca —respondí—. Todavía me estoy aclimatando. El año que viene. Y además ¿quién va a cuidar de la obra si yo me paso el día en la escuela?

El ardid moral de papá funcionó a la perfección, tanto como la mentira de Alicia, que no venía nunca a reemplazarme; yo me pasaba los días completos, desde la mañana hasta la noche, cuidando la obra mientras él besuqueaba a Sergia en Perdigón. Estaba enamorado y no le hice ningún reproche. Pero empezaba a cansarme de estar todo el día en el monte.

Una tarde apareció el monito de Johnny, lo que me alegró, porque eso significaba que Johnny venía detrás; sin embargo, un rato después no había llegado todavía y el monito terminó yéndose por donde había venido. Era muy extraño.

Al día siguiente ocurrió lo mismo. Mono sin Johnny. ¿Le había pasado algo? Quise ir a ver, pero no podía abandonar la obra así porque sí. Para irme, debería conectar los percutores y arriesgarme a un resultado fatal, o correr el riesgo de irme sin conectarlos y a mi regreso encontrar la obra destrozada. Me quedé.

En las últimas semanas la cabaña había avanzado más que nunca. Las paredes ya tenían mi altura. Papá había colocado la ventana; por ansiedad la había colocado a medio metro del suelo, así que uno tendría que agacharse para mirar afuera cuando la habitáramos, si es que la habitábamos algún día, pero me di cuenta de que se moría de ganas de entrar en detalles y no lo critiqué.

Había traído también una silla, un calentador, la pava, el mate, un cuchillo, un rollo de papel higiénico, una damajuana de vino rosado y un almohadoncito, cosas todas muy necesarias para el confort de un hombre de bien. Y sí: la cabaña ya tenía forma y ahora empezaba a tomar color. Puse en un rincón la rodaja sobrante de un tronco y paré arriba el libro de Barandeli. ¿Tendría una biblioteca mejor que esa alguna vez?

Me apartaba caminando marcha atrás para ver el libro en perspectiva cuando de pronto choqué con el pecho algodonoso de Alicia. Sergia estaba con él. Tenía una tanza enroscada a un tobillo, y mientras trataba de quitársela miraba allá y aquí sin saber qué era ni de dónde había salido. ¡Menos mal que yo había desactivado los percutores! Alicia dijo que venía a relevarme, aunque era evidente que venía a estar a solas con ella, y me fui.

No dejé de llamarme la atención el hecho de que un chico como Alicia, criado en el campo y con un desierto a su disposición, necesitara, para sentirse verdaderamente a solas con su amante, de un lugar donde hubiera alguien a quien echar. Eran las once de la mañana, quizá las diez. Me alejé lo suficiente para convencerlos de que me iba y volví sobre mis pasos en puntas de pie.

Alicia ya estaba encima de Sergia, ella sin pantalones, él con la bragueta abierta, lo que no dejé de impresionarme. Me agaché y pegué la oreja a la pared.

Alicia le preguntaba a cada rato si podía «acabar». «¿Puedo acabar?», «no», respondía ella. Seguían gemidos de mujer. «¿Puedo acabar?», «no, no... esperá...».

Más gemidos de mujer. «¿Puedo acabar?», «¡no!». Gemidos. «¿Puedo acabar?», «¡no, no, la concha de tu madre, esperá un poquito!».

Gemidos, aullidos. Por fin silencio.

—Ah, es la primera vez que lo hago... —mintió ella.

—Yo también... —dijo Alicia.

—¿Te gustó?

—Sí, la verdad que está bueno.

—¿Por qué me hacías tantas preguntas?

—Tantas no, una sola. Y como vos no me contestabas...

—Sí que te contestaba, te decía que no.

A continuación, ella debió preguntarle algo en voz baja, algo que no pude oír, pero a él lo escuché con toda claridad:

—Porque tengo entendido que el caballero debe llegar al orgasmo con la dama.

—¿De dónde sacaste eso?

—Lo leí en una revista.

Ella se rió. Acto seguido se levantó y se puso los pantalones.

—¿Me llevás? —le dijo.

—¿Adónde?

—A la estación, tonto, ¿adónde va a ser? A tomar el tren.

—¿No tenés un cigarrillo?

—No, no fumo. ¿Me llevás, sí o no?

—¿No querés quedarte un rato más acá conmigo mirando el paisaje?

—¿Qué paisaje? ¿Me estás cargando? Dale, Alicia, llevame que tengo que ir al negocio.

—¡Pero si está tu mamá!

—Igual —dijo ella con voz estrangulada.

Por la ranura entre dos troncos alcancé a ver que Sergia se mondaba los dientes con una página del libro de Barandeli. Me dio tanta rabia que casi revelo mi posición. Agarré una piedra y la arrojé por encima de la pared.

—¿Qué fue eso...? —dijo ella quitándose el libro de la boca.

Alicio no le dio importancia.

—¿Sabés qué pasa? —dijo—. Que hoy tengo que quedarme acá a cuidar el rancho...

Harta, Sergia arrojó el libro igual que a un naipe, de canto, y se puso las manos en la cintura. La cara se le contrajo como si algo la succionara desde adentro.

—¿Decís que un caballero tiene que alcanzar el orgasmo con la mujer, y después no sos capaz de alcanzarla a caballo hasta el tren?

—Bueno, vamos, vamos —dijo Alicia abotonándose el pantalón.

Me deslicé hacia la otra pared. El caballo, atado a metros de allí, me miró fijo hasta que llegaron Alicia y Sergia. Alicia la ayudó a montar. Después montó él, colocándose detrás de ella. Tomó las riendas y al hacerlo la abrazó, pero más como

un padre que le enseña a manejar a un hijo que como un galán. De romántico no tenía nada.

—Agarrate bien —le dijo aunque ella iba adelante—, vamos a ir rápido, tengo que volver enseguida...

—A la carrera no: al paso —pidió Sergia poniendo la cara de costado y mirándolo con un solo ojo—. ¿O querés que llegue a casa llena de polvo?

Ni bien se fueron reapareció el mono. ¿Qué encontraría Sergia de atractivo en un chico vago y retraído como Alicia?, me pregunté mientras esperaba la llegada de Johnny. Sergia no era bonita, pero tenía un cuerpazo, y tocaba la guitarra, y en su mirada se veía que era ambiciosa, en tanto que Alicia parecía conformarse con el presente y su único sueño era (quizá) recuperar a su madre. Así que si Sergia era una interesada, Alicia debía tener algo que a mí se me escapaba; pero si Alicia no tenía nada, lo de ella era amor. Me alegré por Alicia. Pero Johnny no llegaba y eso me inquietó. Conecté los percutores y fui a ver si le pasaba algo.

La puerta estaba abierta. La casa, vacía. Me corrió un sudor helado por la espalda. ¿Lo habían detenido?

No creí que Johnny fuera capaz de delatarme, no al menos por sí mismo; pero si la policía insistía en saber cómo había hecho para conducir el patrullero desde su casa hasta el lugar donde dejamos el cadáver, acompañando la pregunta con golpes que no veía venir, y que debían producirle un efecto de lo más convincente, había una posibilidad, e incluso muchas posibilidades, de que terminara por decir mi nombre.

Volví angustiada a la cabaña y me quedé en un rincón hasta que llegó papá. Empezaba a anochecer. A la última luz del día alcancé a ver lo pálido que estaba; cuando oscureció, su palidez era todavía más visible que antes. Le pregunté si había descansado y si había comido, pero no me contestó. Se quitó el saco, la camisa y la corbata, cargó un tronco en sus brazos cada vez más flacos, y con gran habilidad lo colocó por encima de la ventana. De pronto recordé que no había desactivado los percutores y di un salto hacia él —salté en el mismo punto, en realidad— pidiéndole que se quedara quieto. Papá se sonrió. Si no me equivocaba, era la primera vez que lo veía sonreír desde mi llegada a Huel.

—Pst —hizo con la lengua.

Él mismo había desactivado los percutores. Muy bien, pero ¿cuándo? ¿En qué momento? Me quedé mirándolo. Trabajaba a una velocidad de locos y con tal eficacia que no pude dejar de advertir que su estado físico no coincidía con el resultado de su trabajo: lo que dejaba superaba ampliamente a lo que ponía.

La palidez se explicaba porque vivía de noche, sí. Pero además estaba flaco, huesudo, encorvado, y a pesar de eso se movía con la agilidad de un espectro; su visión nocturna se había agudizado: le bastaba con echar un vistazo allá o acá para encontrar lo que buscaba. Transmitía, literalmente, seguridad, por medio de un chasquido despreocupado y rítmico de la lengua contra el paladar...

En determinado momento me miró y me vio, como si hasta entonces me hubiera olvidado, y se volvió más lento y vacilante, y, para que volviera a la normalidad, tuve que toser y ayudarlo a buscar una caja de clavos que no aparecía por ninguna parte. Cuando la encontramos me apoyó una mano en la cabeza. Quiso ser afectuoso, pero era evidente que mi presencia lo desconcentraba y que prefería trabajar a solas.

—Andá —me dijo con un clavo apretado entre los labios—. Decile a Alicia que mate un pollo. Coman y dejen un pedazo para mí.

Esclavizada a la obra por la culpa y por la amenaza de las flechas, llegaba cada noche a casa y lo primero que hacía era ir a la pieza de Alicia a reprocharle que no me hubiera relevado. Una vez lo encontré llorando. Me dijo que Sergia lo había dejado. Me senté en el borde de la cama, más por cansancio que para consolarlo, y le dije que no se preocupara, que ya iba a encontrar otra. Me preguntó:

—¿Vos decís?

Asentí y me fui a acostar. Empezaba a quedarme dormida cuando de pronto escuché un barullo, una mezcla de relincho, mugido y aleteo de gallinas, y me asomé a la ventana. Creí ver a Johnny corriendo en zigzag por el corral. ¿Corría a las gallinas? De tanto en tanto se agachaba, pero siempre a destiempo. Bajé. El corral estaba otra vez en calma. Pensé que había sido un sueño y me volví a acostar.

Al otro día, apenas me levanté fui a asegurarme de que Alicia estuviera cuidando la cabaña, tarea que ahora, sin novia, no tenía ninguna excusa para evitar. Recién amanecía, pero el sol ya estaba alto y los campos empezaban a inflamarse.

A metros de llegar oí las voces de una discusión. Una voz era de Alicia, la otra de Johnny. Apuré el paso.

En efecto: Johnny estaba sentado en medio de la cabaña, muy instalado, con los pies descalzos sobre el almohadoncito de papá. Alicia estaba en la puerta, del lado de afuera.

—¡Johnny! —le dije—. ¿Dónde se había metido?

Él me miró con una oreja.

—Johnny —repetí—, ¿qué le pasa, no me reconoce? Soy yo, Irina...

—¿Vos sos Irina?

—¿Ustedes se conocen? —preguntó Alicia.

—Qué gusto verte. Sos mucho más bonita de lo que creía. Vení, pasá. ¿Sabés quién es este muchacho? Dice que vive acá.

—Y es cierto, Johnny, esta casa es de él, y mía también, dicho sea de paso.

—¿No estoy en mi casa?

—No, Johnny, la suya queda un poco más allá. Venga que le muestro.

Durante el trayecto tuve que agarrarlo varias veces del brazo, porque aunque acababa de recuperar la vista se llevaba todo por delante, pozos, piedras, ramas, como si viera todavía menos que cuando era ciego. Según me dijo, una mañana lo había ido a buscar un joven que se presentó como cirujano y que le propuso realizarle un tratamiento con la última tecnología a su disposición. Johnny aceptó entusiasmado. Ignoraba si le habían hecho un trasplante de córnea o si le habían colocado una retina artificial; el joven mencionó las dos, pero Johnny no recordaba por cuál se había decidido. El caso es que después de la intervención abrió los ojos y no reconoció nada de lo que vio. Le pregunté si estaba contento, aun así. Me aseguró que no sabía. Le costaba hacer foco.

—Mirá cómo se agranda aquella casita... —dijo.

—Es la suya. Estamos yendo para allá.

Cuando llegamos quiso entrar y le erró a la puerta. Ya adentro, se quedó un rato largo mirando la pava.

—Qué forma más rara que tiene esta cosa... —murmuró—. ¿Qué es?

—La pava, Johnny.

—¿Esta es la famosa pava? Caramba. Tomemos unos mates.

Junté unas ramas, prendí el brasero y herví un agua ligeramente amarronada que encontré en un botellón junto a la cama. Después nos sentamos afuera, él en su silla y yo en el suelo, como siempre. («Qué nave», dijo Johnny agarrándose a la silla). Paseó la vista fresca por los alrededores durante unos segundos, volvió a mí y se quedó mirándome.

Mi cara debía resultarle mucho más extraña todavía que la pava o la silla. Me veía, pero no me reconocía, y no porque no me conociera desde antes de quedarse ciego; no me reconocía como persona. Supuse que era la misma diferencia que existe entre oír y escuchar, y, para ayudarlo a unir lo que veía en mí con lo que soy, por decirlo de alguna manera, le hablé de la construcción de la cabaña y le conté que la noche anterior había creído verlo en el corral de la casa de papá.

—Sí, recién llegaba —dijo—. Hice todo el viaje con los ojos cerrados. Por suerte llegué de noche. ¿Así que vivís ahí? Vi unas nubecitas blancas y coloradas que corrían y saltaban por el campo y me dije: «Estas deben ser gallinas». Estaba muerto de hambre. ¡Pero qué huidizas que son!

Se quedó repentinamente callado observando al monito, que acababa de colgarse con la cola de una rama frente a él. «Dios mío», me dije, «no reconoce ni al mono». No había terminado de decírmelo cuando Johnny empezó a mirarnos un segundo a cada uno. Un segundo al mono y un segundo a mí. Parecía confundido, como si no supiera cuál de los dos era el mono, o cuál de los dos era yo. Para aclararle el panorama dije:

—Johnny, ¿le gustaría leerme algún poema? A mí me gustaría mucho escucharlo, si no es molestia para usted.

—Claro, claro —dijo y amagó levantarse.

Lo detuve con una mano y enseguida con las dos, porque la primera no había sido suficiente, y fui a buscar el libro. Sabía dónde estaba. Lo saqué de abajo de la cama y se lo entregué con gesto solemne, diciendo:

—Aquí tiene. Elija tranquilo, no hay apuro.

Johnny abrió el libro al azar y se lo acercó a los ojos. Frunció el ceño. Vaciló.

—¡Qué notable, acabo de recuperar la vista y ya no veo nada!

—Con los dedos, Johnny —le dije en un susurro—, con los dedos.

—¡Cierto! Todavía tengo esa opción.

Acto seguido leyó una receta de crepes a la normanda que a mí no me dijo nada, pero no abrí la boca hasta el final. ¿Podría enseñarme a leer así, como él, con los dedos? Johnny se inclinó hacia mí. Sus pupilas, hasta entonces de un celeste lechoso, se oscurecían a pasos agigantados, pasaron al azul y luego a un verdinegro salpicado

de gris, cambios de los que Johnny parecía consciente. Se levantó de pronto y sacudió la cabeza como un perro que aspira ceniza.

Yo clavé la uña del pulgar en la base de mi remera, corté una tira de diez centímetros de ancho alrededor de mi cuerpo y le vendé los ojos. Johnny no dijo nada, pero su alivio fue instantáneo.

Volvió a sentarse y quedó pensativo, imaginé que con la cabeza llena de imágenes dobles, borrosas e imprecisas. Finalmente rompió el silencio para decir en tono de lamento:

—No voy a tener más remedio que acostumbrarme.

—Poco a poco —asentí yo, con el ombligo al aire.

En los días siguientes lo acompañé al arroyo, donde remó sin gracia; lo llevé a dar una vuelta por los alrededores de su casa, a fin de que aprendiera a reconocer las hierbas de las que se alimentaba; en ocasiones lo obligué a quitarse la venda y a mirar el amanecer, el paso de una avioneta envenenada sobre los campos vecinos, la caída del sol.

Una tarde me agarró con fuerza de las muñecas y me gritó que lo dejara en paz.

—Perdón —dijo enseguida.

No insistí.

Estaba cada vez más irritable y ensimismado.

Los días transcurrían con absoluta normalidad, al menos para ellos: papá construía la cabaña, Alicia reconquistaba a Sergia, Johnny rehacía a los ponchazos el equilibrio de los sentidos; los acontecimientos, fueran pequeños o grandes, fueran triviales o profundos, eran parte del río de la vida, pero de un río al que yo había bajado como desde un puente en vacaciones. Venía de la ciudad, de una de las ciudades más grandes del mundo, para colmo, donde lo tenía todo —madre, placard, Internet—, y aunque me había adaptado rápidamente a lo contrario, lo había hecho como a una aventura, en parte por curiosidad y en parte porque estaba en *shock*. Por supuesto, no tenía otro lugar adonde ir, así que en la aceptación de mi circunstancia tenía mucho que ver el instinto de supervivencia, tan parecido a un sueño; desperté cuando Johnny mató a la mujer policía; volví a la realidad de Huel cuando a papá le destruyeron por tercera o cuarta o quinta vez la cabaña; desperté una vez más el día que Johnny me agarró de las muñecas y me pidió que lo dejara en paz.

Caí en una melancolía que no le llamó la atención a nadie más que a mí. Durante días y días no hice otra cosa que conectar los percutores y encerrarme en mi cuarto, y no salía más que para ordeñar la vaca y para comer, y a veces ni siquiera eso.

Quería escribir, como siempre, pero no se me ocurría nada, también como siempre. Me dije: «Para poner afuera, primero hay que poner adentro». Tenía lógica, y lo di por cierto. Pero había gastado el libro de Barandeli sin ningún resultado y no quería visitar a Johnny: estaba ofendida con él.

Una tarde en la que me crucé fugazmente con Sergia —yo venía de la cabaña y ella iba hacia allí con Alicia— le pregunté si tenía algún libro de poesías para prestarme y me dijo que iba a averiguar con una tía de ella que era muy lectora. Al día siguiente me trajo un libro de José de Espronceda, el poeta más representativo del primer romanticismo español, pero no de mí. ¿Qué podía hacer?

Me rasuré el pelo sobre las sienes y por detrás de las orejas y me corté una V invertida en el flequillo. Ni papá ni Alicia lo notaron.

Fui al pueblo. Vendí media docena de huevos en la verdulería y me dirigí a la estación de trenes, donde había un teléfono público. Llamé a la casa de la última amiga que había visto antes de partir; atendió la mucama de malhumor y me pasó con Pau. Pau, a su vez, atendió sin decir hola ni preguntar quién llamaba y dijo de un tirón:

—Estoy chateando sea quien sea llame en un rato por favor —y cortó.

De regreso en casa me encontré con papá. Acababa de volver del trabajo y estaba feliz: esa noche empezaría con el techo. Exultante, arrancó la puerta del baño de la planta alta, a fin de tenerla ya lista para llevársela al despertar, mientras Alicia, abandonado otra vez por Sergia, pateaba todos y cada uno de los muebles de la casa.

Cuando Alicia se fue y papá por fin se acostó y quedé sola, escribí en la pared con un pedacito de lápiz negro: «No aguanto más, no aguanto más». Me pareció raro, porque no era lo que sentía... Mi charla fallida con Pau había funcionado como un pase de magia, apantallando el polvillo de la melancolía y clausurando

definitivamente la puerta que me comunicaba con el pasado. Para mi sorpresa, la frase adquirió sonido ni bien terminé de escribirla, o eso me pareció. Apoyé una oreja en la pared... Después me asomé a la ventana y vi a Johnny a lo lejos, muy a lo lejos, como una onda electrocardiográfica en la línea del horizonte; corría gritando:

—¡No aguanto más, no aguanto más!

Fui a ver qué le pasaba, aunque lo sabía. Caminé despacio, pensando si debía o no acompañarlo a la clínica donde le habían puesto las córneas artificiales, para que se las quitaran, que era lo que sin duda me iba a pedir. Pensé también rodear la cabaña para no encontrarme con Alicia, pero algo, quizá la experiencia, me dijo que lo más probable era que Alicia no estuviera allí, cumpliendo su turno, y que en ese caso sería mejor conectar los percutores. Y en efecto, Alicia se había hecho la rabona una vez más. Conecté los percutores y apuré el paso hacia la casa de Johnny.

Había un auto estacionado frente a la puerta. Un auto negro empolvado de tierra blanca. Iba a irme, para no ser indiscreta, pero en ese momento vi que Johnny llegaba cortando campo, con los ojos vendados.

La puerta del auto se abrió y bajó una mujer menuda, pálida, de cara angulosa, de nariz afilada, sin labios; una abultada cabellera roja le cubría la espalda.

La mujer debía haber estado esperando a Johnny desde un buen rato atrás, porque ni bien bajó del auto abrió las piernas y dejó caer el cuerpo hacia adelante para estirar los músculos. Agarrada con las manos de la punta de los zapatos, me vio a sus espaldas por entre las piernas; no tuve otra opción que seguir avanzando.

Johnny olfateó a la pelirroja y preguntó:

—¿Quién es?

—¿Juan «Johnny» Pineau? —le preguntó a su vez la pelirroja.

—Sí. ¿Quién es?

—¿Le dice algo el nombre Sandra Solari?

—¿Es usted?

—Claro que no. ¿Puede decirme dónde estaba el 12 de febrero por la noche?

—¿Sandra Solari?

—¡Pst! —hizo la pelirroja dando vuelta la cara con impaciencia—. Un testigo asegura haberlo visto manejando el patrullero de la agente Sandra Solari el 12 de febrero entre las nueve y las diez de la noche. ¿Entiende lo que quiere decir eso?

A mí ya se me había helado la sangre; ahora se me helaban la carne y la piel. Adopté lo mejor que pude un aire inocente y natural y me acerqué a ellos.

—Hola, Johnny —dije—. Soy la chica de la cabaña. ¿Necesita huevos, o leche, o algo?

—No, querida, gracias. Cualquier cosa voy y te digo. Saludos de mi parte a tu mamá.

—Mamá murió —dije yo aunque el comentario no venía a cuento, nerviosa. Saludé con la mano y empecé a alejarme paso a paso, con mucha dificultad, como si surcara un campo magnético.

—Soy ciego, señora o señorita —escuché que decía Johnny a mis espaldas—. ¿Cómo haría un ciego para manejar un patrullero, y no ya un patrullero sino cualquier otra clase de vehículo motorizado?

—Tengo información de que ha recuperado la vista, sin embargo.

—Es verdad, lamentablemente. Pero eso ocurrió hace menos de diez días infinitos, y que yo sepa ya estamos en marzo. ¿O seguimos en febrero? ¿Cómo es su nombre?

—¿Me permite echar un vistazo al interior de su vivienda?

—Supongo que tiene una orden de allanamiento...

La mujer se rió, lo rodeó y entró a la casa.

Yo observaba todo desde lejos, escondida detrás de un árbol. Mientras rezaba para que la mujer saliera pronto y con las manos vacías, lo único que tenía en mente era la bombacha de Sandra Solari.

Nunca la habíamos encontrado. Me tranquilicé diciéndome que Sandra Solari no llevaba bombacha ese día, y quizá ninguno de los días en los que había violado a Johnny; quizá la dejaba en la guantera del patrullero y ya la habían encontrado, lo que debió desconcertarlos... ¡Ay, de pronto pasaron por mi cabeza vagones y más vagones cargados de pensamientos horribles, todos detrás de la palabra *eyaculación*! Estuve a punto de desmayarme. Pero, me dije a tiempo, si hubieran rescatado del cadáver una microscópica hilacha del paso de un hombre, la mujer hubiera detenido a Johnny sin tantas preguntas; por lo que había visto en televisión antes de venir a Huel, con un simple ADN alcanzaba. Me senté en el suelo, la espalda contra el árbol, y cerré los ojos.

El motor del auto se puso en marcha. Esperé hasta que dejé de escucharlo para salir de mi escondite y corrí al encuentro de Johnny.

Lo encontré sentado en la silla frente a la casa, con el mono cruzado de brazos sobre una pierna.

—Shh —me dijo cuando me oyó llegar—, aquí no ha pasado nada. ¿Es cierto que murió tu mamá?

No sé por qué tardé en contestar... Pero en el silencio que siguió percibí con toda claridad dos silencios más, el suyo y el mío. El mío era terrible; el suyo una formalidad.

—Sí —dije—. Creo que ya se lo había contado.

—¿Hace mucho de eso?

—Un día antes de llegar acá.

—Pobrecita, nada más y nada menos que la madre... ¿Qué hora será? No recuerdo si comí... Sé que me lavé la cara, pero nada más. Fue un día agotador. Ay, ay, ay, qué vida ésta.

Lo dejé divagar todo lo que quiso, sin intervenir. Tampoco dije nada un rato después, cuando terminó de leerme unos versos de Henri Michaux, ni al despedirme, aunque él alzó una mano hacia mí.

Me temblaban las rodillas.

Los animales se detienen a tu paso

Los perros aúllan por la noche, levantando la cabeza hacia tu casa

No puedes huir...

Durante los tres días siguientes Alicia y yo trabajamos codo a codo con papá en el techo de la cabaña. Un techo inclinado, alto en la parte del frente y mucho más bajo en la parte posterior. Fueron tres noches de trabajo intenso. Colocamos postes de refuerzo y una viga principal de lado a lado en las paredes y, con troncos más angostos, tejimos una red que luego cubrimos con tablones. Por último, papá hizo una masilla con cemento, arena y barro y selló las ranuras y orificios. Cuando el techo estuvo terminado, se bañó en el arroyo, se puso el saco, la camisa y la corbata, se ubicó entre nosotros, pasándonos un brazo por los hombros, y nos quedamos largo rato mirando la cabaña.

Yo estaba tan cansada que me dormí. Desperté con un sobresalto y vi que papá y Alicia también dormían; papá roncaba, incluso, pero sin que sus brazos sobre nuestros hombros pesaran más por eso. Seguíamos los tres parados. Era el relax posterior al fin de la incertidumbre, desde luego, que nos cubría como una tela finísima, o mejor aún, como una capa de rocío... No salimos de ese estado hasta que Alicia trastabilló y una flecha le arrancó la mitad de la oreja izquierda.

Habíamos trabajado todo el tiempo con uno de los percutores conectado; lo asombroso era que habíamos pasado un millón de veces por ahí sin pisarlo...

—No es nada, no es nada —dijo Alicia, no supe si porque no era nada en realidad o porque seguía en trance.

Amanecía. Volvimos a casa. Le desinfecté la oreja con jabón y le aconsejé dormir al sol. No sangraba, pero al sol la herida iba a cicatrizar mejor y más rápido.

Alicia sacó un colchón y se acostó frente a la casa, en el pasto. Papá cayó rendido en el piso de la galería, con la corbata cruzándole la cara, y yo en un silloncito de hierro tan repujado que no me dejaba dormir y del que no podía levantarme. Soñé que fumaba.

En determinado momento escuché murmullos. Pensé que era el viento, pero eran voces. Abrí los ojos y vi, en este orden: la mitad del sol en el horizonte, sin saber si subía o bajaba; las ruedas de un auto; un par de zapatos verdes de taco alto; la cara de un hombre acucillado junto al colchón donde dormía Alicia.

Me incliné hacia adelante en el silloncito, medio mareada todavía... El auto era rojo y tenía una gran valija en el techo; en el extremo superior de los zapatos estaba Dima; el hombre acucillado vestía un traje oscuro con rayitas color crema y tocaba a Alicia con un palo. El sol ya había caído.

Dima no dijo que ese hombre fuese su amante, o su pareja, o como se le quiera llamar; lo presentó como a «un amigo». Papá fingió que le creía, pero en realidad lo vivió como una afrenta.

Era difícil saber qué expectativas tenía papá en relación con Dima, antes de que Dima le plantara en la casa al tal Romerito, como dijo llamarse. ¿Quería recuperarla, o no le importaba? ¿Se alegró de que hubiera vuelto, la primera vez, o prefería seguir solo, y ahora más que antes? Había construido la cabaña en previsión de que Dima pudiera echarnos, y aunque sin duda la casa le resultaba más cómoda, con su dormitorio, su estudio, su cocina, su baño, todas cosas que en la cabaña brillaban por su ausencia, nos hubiéramos ido en el acto de no ser por la intrusión de Romero, que a papá le resultó insultante y por lo que decidió resistir. Se encerró con Dima en un cuarto del piso de arriba y discutieron largo y tendido. Hubo gritos, más que nada de Dima, y movimiento de muebles. Al salir sonreían con las mandíbulas apretadas.

Acto seguido, Dima se instaló en el cuarto de papá, que había sido el cuarto matrimonial, aunque no estaban casados, y le ofreció el estudio a Romero. Papá se mudó a una pieza húmeda y desnuda en la planta baja, y lo hizo sin demostrar ni la más mínima contrariedad, e incluso muy solícito, como si la nueva distribución de habitaciones fuera idea suya. Luego, ya que seguía con el sueño cambiado y dormía de día, debió tolerar que Dima escuchara una y otra vez las mismas noticias a todo volumen en una radio de bolsillo que sonaba como los dioses, y que durante la noche lo chistara pidiéndole silencio cada vez que salía del cuarto a desayunar o a comer algo.

Alicio, por su parte, recibió a su madre con muchas prevenciones, como si de un momento a otro Dima pudiera picarlo de nuevo.

No obstante, enterado de que Dima dictaba seminarios de limpieza del hogar, se mostró muy activo cuando nos dio una lección práctica, e incluso genuinamente satisfecho con el resultado, pero no volvió a participar, y a partir de ese día quedó todo en mis manos. Lo que sí hizo fue presentarle a Sergia, más con el fin de tantear su vínculo con Dima que de mostrar a la novia, con la que se acababa de reconciliar. Sergia trajo la guitarra y un reproductor de CDs y nos interpretó dos temas ajenos (los suyos seguían sin letra) haciendo *playback*. Yo no lo podía creer. Igual, tenía una voz extraordinaria. Papá dormía.

Romero, un hombre enjuto, de cara filosa, escuchó las dos canciones sin mirar ni por un segundo a la intérprete. Sentado en el sillón de papá, con un zapato apoyado en la mesa ratona y el otro encogido, permaneció indiferente investigándose las uñas hasta que Sergia apagó el reproductor y dejó la guitarra a un lado. Dima le dedicó un aplauso severo, como quien llama a la puerta de una casa sin timbre. Recién entonces Romero levantó la vista y preguntó:

—¿Están al tanto de lo que se comenta en el pueblo?

—¿Qué se comenta en el pueblo? —dijimos a dúo Sergia y yo.

—Semanas atrás mataron a una oficial de policía, como sabrán. Ahora corre el rumor de que los asesinos son un hombre y una mujer. Más específicamente, un hombre y una chica. ¿Sabes algo sobre eso?

Miró primero a Sergia y después a mí.

Cuando mis ojos se encontraron con los suyos me di cuenta de quién era. Sentí un escalofrío. ¡Era la pelirroja que días atrás había interrogado a Johnny! En aquella ocasión Romero llevaba una peluca, sin duda, pero ¿llevaba realmente una peluca, es decir, era un varón disfrazado de mujer, o ésta era una mujer que se había cortado y teñido el pelo y se presentaba disfrazada de varón?

¿Y por qué?

¿Y cuál era su relación con Dima?

Esa noche Romero esperó a que papá se levantara y lo sometió al mismo interrogatorio que a Johnny. Papá se encogió de hombros media docena de veces y al final salió a la galería a tomar un poco de fresco. Me acerqué y le pregunté en voz baja por qué no nos mudábamos ya mismo a la cabaña. ¿Por orgullo?

—Puede ser —dijo después de pensarlo.

—Nos humillan, papá. No podemos seguir acá por tu orgullo.

—¿No?

—¡Claro que no!

Volvió a pensarlo.

—Sí, tenés razón —dijo después—. Lo que pasa es que estoy tan cansado. Me bajó todo el cansancio de golpe. Quiero levantarme y no puedo, mirá...

No vi que intentara levantarse. A menos que realmente no pudiera.

—Hacé otro intento, por favor.

Siguió inmóvil. Una venita negra se le inflamó y desinflamó en la frente.

—No, no puedo. Me duelen los huesos. Mañana. Ahora necesito descansar. Sé buena, dejame descansar. Necesito descansar.

No insistí y me fui a la cama.

Al día siguiente papá seguía en la galería, sentado en la misma posición, con los ojos muy abiertos y la vista fija en nada. Lo saludé. Me respondió con un cabeceo.

—¿Te preparo el mate?

—¿Qué hora es?

—Calculo que las once...

—¿Las once ya? Qué tarde que se hizo. Pucha, otra vez lo mismo: quiero levantarme y no puedo... Irina, allá nos faltan muchas cosas todavía. Lo único que tenemos son cuatro paredes y un techo. ¡Qué bien que nos quedó ese techo! Necesitamos cubiertos, colchones...

—Yo me encargo.

—¿Alicio de qué lado está?

Me encogí de hombros. Últimamente Alicio pasaba más tiempo en Perdigón Rasante con Sergia que en casa con nosotros. Tenían una relación conflictiva muy

estable: se peleaban un día y se reconciliaban al otro, todos los días de la semana. Ese día llegó peleado. Pasó al lado nuestro sin decir ni mu y entró a la casa.

Yo aproveché que Dima y Romero habían ido al pueblo a hacer las compras y llevé a la cabaña dos colchones. En un segundo viaje llevé dos cuchillos, dos tenedores, dos platos y dos vasos. En el tercer viaje llevé una olla, y adentro de la olla una toalla.

Volví a buscar la ropa. Ahora Alicia estaba sentado en el suelo al lado de papá, con la espalda contra la pared, mudos los dos. Entré y salí de la casa abrazada a una pelota de ropa vieja.

—¿Nos mudamos ya? —me preguntó Alicia.

—¿Vos venís con nosotros? —le pregunté.

—¿Me estás cargando?

Llevamos un cuchillo más, un tenedor más, un plato más, un vaso más y un colchón más.

Pusimos los tres colchones en el suelo y casi no quedó espacio para caminar. Papá había clavado a lo largo de una de las paredes laterales un tablón sobre el que ordenamos la vajilla y la ropa. Yo corté unas florcitas y las puse en un vaso con agua.

Llegamos de vuelta a la casa al mismo tiempo que Dima y Romero. Romero bajaba del auto con un montón de bolsas de supermercado en cada mano. En Huel no había supermercado, así que debían haber ido a Perdigón Rasante.

—¿Podés ayudar un poco? —le dijo Dima a papá.

—Me gustaría, pero no me puedo levantar —respondió él.

—Esta noche no hay comiidaaaa —retrucó Dima con un cantito.

Esa noche Alicia y yo compartimos la mitad de nuestros platos con él, de modo que papá comió un plato entero y Alicia y yo medio plato cada uno. Comimos afuera, en la galería, callados, mirando las estrellas. En determinado momento una luz ovalada se detuvo justo frente a nosotros y un instante después salió disparada hacia arriba en línea recta, pero nadie dijo nada. No estábamos para platos voladores. Romero no nos había quitado la vista de encima en toda la tarde. Estudiaba nuestros movimientos, incluso la inmovilidad de papá, espiaba nuestras reacciones, seguía mis huellas con descaró, como si yo no anduviera sobre los pies; era insoportable.

—Cree que papá y yo matamos a la mujer policía —le dije a Alicia cuando preguntó por qué sería que Romero nos miraba así.

—¿Nosotros? —dijo papá como enterándose—. Huyamos.

Pero no se movió.

Al otro día me levanté temprano. Quería llevar algunas cosas más a la cabaña sin que Dima y Romero me vieran. Dormían, igual que papá. Alicia había ido a Perdigón Rasante a reconciliarse con Sergia.

Llevé chucherías, velas, un abrelatas, cosas por el estilo. Dejé todo en el tablón que hacía de mesada, y al salir me encontré con Romero. Estaba parado a metros de la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Y esto? —me preguntó señalando la cabaña con el mentón.

—Es nuestra.

—¿La compraron?

—La hicimos.

—¿Vos y tu padre?

—Y Alicia.

—¿Ustedes tres solos?

—Sí.

—Felicitaciones —dijo, y agregó paseándose lentamente alrededor de la cabaña—: todo un símbolo de trabajo honesto, integridad y espíritu estadounidense.

No le dije nada. Cambié las flores del vaso, apoyé los colchones en las paredes, barrí el piso con una rama. Cuando terminé, Romero ya se había ido.

Una hora después, o dos horas después, cada vez más preocupada, fui a verlo a Johnny. Lo encontré apisonando tierra con una pala a un costado de la casa. Lo puse al tanto de la presencia de Romero y lo informé de sus preguntas. Por fin, manejando un suspenso involuntario, le revelé que Romero y la pelirroja que lo había interrogado días atrás eran la misma persona, dato que a él no pareció importarle en lo más mínimo.

Lo noté raro. Serio, deprimido, concentrado. Pensé que, ya pasado el desconcierto por la recuperación de la vista, empezaba a habituarse y que el hábito afectaba su personalidad, o que no lo toleraba más y estaba a punto de estallar, dos cosas que ya había pensado muchas veces antes; fuera como fuese, no era el mismo Johnny que había conocido. Aun así, me sentí más tranquila en su compañía. Tomamos mate al sol, los dos callados. Ya a punto de irme, Johnny metió una mano en el bolsillo y sacó un billete de cien pesos.

—Tomá, es para vos. Para que te compres un libro.

Le pregunté de dónde lo había sacado. Dijo que se lo había traído el viento.

Podía ser. El día anterior los productores rurales de la zona se habían reunido no muy lejos de allí para festejar algo, quizá la suba del dólar, con asado, guitarreadas y revoleo de banderas argentinas. Me negué, pero Johnny insistió y terminé por aceptar.

Ninguno de los dos había tenido nunca un billete de cien pesos en la mano. El billete pasó de su mano a la mía como un talismán, haciendo inmensamente pobre a uno e inmensamente rico al otro.

—Si te sobra algo, traeme cigarrillos —dijo Johnny—. Hace treinta años que no fumo.

Mamá decía que la felicidad no dura nada, y es verdad: la mía no duró ni media hora. Entré a la cabaña, me tiré boca arriba en un colchón y miré el billete de un lado y del otro, lo olí, lo puse bien alto, lo solté, cayó sobre mis labios, lo soplé...

El billete estaba todavía en el aire cuando se me apareció la imagen de un mechón de pelo rojo en la tierra que Johnny emparejaba con la pala un momento atrás. «¡No!», me dije horrorizada.

Atajé el billete, me lo metí en el bolsillo y corrí de nuevo hasta su casa.

—¿Y esto? —le pregunté señalando el punto exacto donde, en efecto, asomaba un mechón rojísimo de pelo enrulado.

Johnny se levantó la venda con un dedo, hizo foco en lo que le señalaba y a continuación, empujando tierra con un pie para taparlo, dijo:

—Lo tuve que hacer. Encontró la bombacha.

—¿Dónde, cómo?

—Ya me gustaría saber a mí dónde y cómo. La tenía en la mano.

—¿La encontró acá?

—Supongo que sí...

—¿No está seguro?

—Diría que no.

—¿Y si era una bombacha cualquiera, un engaño para obligarlo a confesar?

—No lo pensé.

—¡Dios mío, Johnny, esto puede ser el fin! ¿Dónde está el auto?

—Quién sabe. Debe haberlo dejado por ahí para que no la oiga llegar. O vino a pie. En un momento fui a cambiarme la venda y la vi. Me estaba espiando. Tenía la bombacha en un dedo, y me dijo: «¿Sabe qué es esto?». Yo me quedé callado. «¡Asesino!», dijo ella. «Asesino serial», dije yo. Y la maté. Qué raro que es todo.

—¡Johnny, tenemos que encontrar el auto... borrar las huellas...!

—Abro los ojos y soy malo. Me pongo la venda y vuelvo a mi planeta. ¿De qué huellas hablás?

—¿Cómo de qué huellas? ¡De las huellas de la muerta!

—Decimos que llegó volando.

—Johnny, míreme. Míreme, Johnny. ¿Qué le pasa? ¿Tomó algo raro, lo drogaron...? ¡Tenemos que encontrar el auto y borrar las huellas sí o sí!

Pasamos horas buscando el auto, sin encontrarlo. Era evidente que la pelirroja había venido a pie, pero tampoco vimos huellas.

Durante la búsqueda Johnny no dijo palabra, estaba como ido. Volvió en sí nada más que en dos ocasiones, y en las dos me contó cosas de su infancia, cosas que se le venían a la mente y que yo no escuché. Me sentía mareada, aunque no físicamente, como en un remolino fijo... No daba un paso sin rogar que no nos viera nadie; la rutina convierte a la gente en informantes: ven siempre las mismas cosas y los mismos movimientos, conocen a todo el mundo de memoria, así que son capaces de

advertir cualquier variante en el comportamiento del vecino, y a la primera de cambio lo delatan: «El cieguito y la chica iban de acá para allá», etcétera.

—Si me agarran, no te conozco y no me conocés —dijo Johnny mientras volvíamos a su casa. Era un asesino de lo más protector.

Yo era una cómplice también muy protectora con él.

—Ponga unos panes de pasto en la fosa, Johnny, se nota mucho.

—Si alguien nos vio juntos dando vueltas por ahí, decimos que te ayudaba a buscar un anillo...

—Traiga agua del arroyo y riegue el terreno, riéguelo bien.

—¿Sabías que el agua tiene minerales que pueden dañar tu pelo cuando te bañás?

—Johnny, corte unas cañas, clávelas en la fosa como si fueran guías y enrósqueles algo verde para que parezca un almacigo.

—Ay, lo que daría por volver el tiempo atrás...

—Se puede, Johnny, se puede, se necesita mucho tiempo, pero se puede.

Caminamos un rato callados.

—¿Querés que te diga los nombres de los poetas que aparecen en el libro, así los anotás?

Yo iba con la cabeza en otra parte —en Romero disfrazado de pelirroja, o en la pelirroja disfrazada de Romero, y en la parálisis orgullosa de papá, principalmente—, pero la oferta me resultó tentadora y me dejé llevar, acariciando con una mano en el bolsillo el billete de cien pesos.

—Son todos franceses —dijo Johnny—. Es un libro de cocina francesa.

—¿No le da hambre cuando lo lee?

—No, porque no sé qué significa. Si dice «manteca» la extraño, por supuesto, si dice «jamón» se me hace agua la boca, pero «brioche», «coquelet», «éclairs», no quieren decir nada para mí. Bueno, llegamos. Esperame un segundito.

—Johnny, se nota demasiado... —dije mirando la fosa de reajo.

A él no pareció importarle.

—Francis Ponge... —dijo con indolencia, y dio vuelta la página—. Jean Cocteau... ¿Estás anotando?

No, no tenía nada para anotar, y Johnny tampoco, así que tuvimos que dejarlo para otro momento. Mejor. En realidad no había un minuto que perder; no podíamos darnos el lujo de anotar nombres de poetas al lado de una fosa tan evidente como aquella. Le ordené que se pusiera manos a la obra y me fui en busca de papá. Lo iba a arrancar de la galería por las malas, de ser necesario.

Yo había pasado de un departamento en la ciudad a una casa en el campo y de la casa en el campo a una cabaña en el monte, por no hablar del pasaje desde mi mamá hasta mi papá y de la inocencia al crimen. ¿Qué hay después del futuro? Antes tenía uno; ahora estaba en él, y estudiar, trabajar, casarme, asociarme a un club, cualquiera de todas las aspiraciones verticales habidas y por haber resbalaba en mí como en un palo enjabonado; sí, la vida era una caída horizontal. Papá roncaba en el colchón de al lado mientras el auto en el que yo viajaba con mamá y con su Claudio mordía la banquina y describía en cámara lenta la curva del tumbo que la llevaría a la tumba; en ese ínterin, con un tintineo de fondo, yo alcanzaba a fantasearlo todo... Hasta que Alicia abrió la puerta. Tenía un dedo cruzado sobre los labios.

Mitad despierta y mitad dormida todavía, lo seguí con la vista. Se sacó las zapatillas, gateó hasta el colchón libre y se acostó boca arriba con un brazo doblado bajo la nuca.

—Me caso —dijo.

Debo haberme desmayado, porque cuando volví a mirarlo Alicia ya roncaba a la par de papá.

Salí de la cabaña. Era medianoche. Había luna. No podía quitarme de la cabeza el mechón de pelo rojo a medio enterrar... ¿Alicia iba a casarse? ¿A su edad? ¿Sergia estaría al tanto?

Era insólito: me costaba creer que Alicia fuera a casarse, pero no dudaba en encubrir al autor de dos asesinatos.

La imagen del mechón era mucho más espantosa que la imagen del cadáver de la mujer policía, y más persistente también; de hecho, me hubiera olvidado de la otra para siempre, si no fuera porque ésta me la recordaba a cada rato.

¿Y qué iba a hacer con Johnny? A mí Johnny me caía bien, incluso muy bien, pero era cierto que había matado a dos personas y que si seguía visitándolo y alguien nos veía juntos yo pasaría inmediatamente a ser «la chica» que iba aquella noche en el patrullero con él, y terminaría en un reformatorio. Johnny jamás diría que la chica que lo acompañaba era yo, ni siquiera diría que era él quien manejaba. Pero ¿y si lo torturaban? ¿Y por qué iban a torturarlo, si ni siquiera lo habían detenido?

Después de pensarlo un poco llegué a la conclusión de que en realidad la pelirroja no tenía nada, ni siquiera un indicio. Sí, quizá en alguna veta de la investigación había aparecido un testigo, pero lo más probable era que el testigo hubiera dicho que había visto a un hombre manejando el patrullero, y nada más, sin especificar que ese hombre era Johnny, y mucho menos que lo acompañaba una chica. Me convencí de que aquello había sido una táctica de la pelirroja, que rastrellaba la zona con la carta del testigo bajo la manga, tirando la línea a diestra y siniestra con la esperanza de que alguien se pusiera nervioso y mordiera el anzuelo. Seguramente les había dicho a todos lo mismo que a Johnny, tanto si era un chacarero viejo ya incapaz de montar, como un peón nacido arriba del caballo y ya incapaz de apearse: «Un testigo asegura haberlo visto manejando el patrullero de la agente Solari la noche del 12 de febrero»,

etcétera. A lo mejor Johnny había sido uno de los últimos que visitó la pelirroja, y al percibir algo, vaya una a saber qué, volvió a la carga con el truco de la bombacha. Aunque también era probable que se hubiera servido de la bombacha en una segunda ronda por la zona. «¿Sabe qué es esto?». Con respecto a la bombacha había dos posibilidades: o era una bombacha falsa, es decir, una idea que se le había ocurrido a la pelirroja al comprobar que la agente Solari no tenía nada abajo del pantalón, o era la bombacha verdadera y la había encontrado en el patrullero, en la guantera, o en el baúl, o abajo del asiento, donde fuera, pero arriba del vehículo; si la hubiera encontrado en la casa de Johnny o cerca de la casa de Johnny, Johnny estaría preso. En cualquiera de los dos casos, la bombacha era un truco. Todo esto me resultó muy claro y tranquilizador, pero enseguida volví a inquietarme. ¿Y si descubrían el cuerpo enterrado de la pelirroja?

No lo había pensado antes, lo pensaba ahora: ¿cómo era posible que Johnny hubiera sido tan estúpido de enterrar el cuerpo a metros de su casa? Me hice sonar tan fuerte los dedos que creí escuchar los pasos de alguien que se acercaba.

Y en efecto, Johnny venía tirando de algo grande y pesado envuelto en una lona.

Fui a su encuentro todo lo rápido que pude y le pedí que hiciera silencio, aunque todavía no había dicho nada. Lo último que hubiera querido en la vida era que papá se despertara. No era momento de presentaciones.

—¿Qué hace?

Por toda respuesta, Johnny entreabrió la lona: trasladaba el cadáver a un lugar más seguro, lo que me resultó espantoso y al mismo tiempo un alivio.

—No me va a creer —le dije con un siseo—, pero estaba pensando justo en eso.

—Debemos estar conectados.

—Qué suerte que se haya dado cuenta. ¿Dónde lo va a enterrar?

—En el arroyo. Lo lleno de piedras y lo tiro al agua.

—¡Pero Johnny, el arroyo es transparente, o semitransparente!

—¿De verdad? Nunca lo vi. Qué problema... ¡Con el trabajo que me dio hacer aquel pozo, taparlo, destaparlo, volverlo a tapar! Bueno, un pozo más y terminamos. Vuelvo enseguida, voy a buscar la pala.

—¡No! —le dije—, voy yo, voy yo. Usted saque el cuerpo de acá y yo le alcanzo la pala.

—Está arriba del árbol, entre las ramas.

Nos alejamos en direcciones opuestas.

Llegué a su casa en un santiamén y trepé al árbol. La pala estaba oculta entre las hojas de una rama bastante frondosa. Buen escondite. La tiré al suelo, bajé del árbol, y lo que vi a continuación casi me mata del susto. El mono estaba debajo de la mesa con la cabellera roja de la muerta en una mano.

Necesité contar hasta diez antes de dar un paso, conté hasta veinte para dar otro y hasta treinta para el siguiente. Después le arranqué al mono la cabellera de la mano. Dios mío, no era pelo verdadero, o sí, pero cosido a una base de tela. Era una peluca.

Una peluca. La mirase por donde la mirase era una peluca. ¿Era la peluca de Romero? ¿Y de quién más, si no?

Nunca en mi vida había corrido tanto. Le llevé la pala a Johnny («Sería bueno que de vez en cuando use la vista», le dije en tono de reproche, arrojándole con insolencia la peluca a la cara) y corrí hasta la casa de Dima.

Todas las luces estaban apagadas. Entré. Subí la escalera paso a paso y entreabrí muy lentamente la puerta del estudio de papá... El corazón me dio un vuelco. Romero estaba ahí. Dormía boca arriba. Tenía un rayo de luna sobre los ojos y hacía una «o» con los labios, como esperando un beso.

¿Entonces la pelirroja y Romero no eran la misma persona? ¿Cómo era posible?

Me aparté de la puerta caminando marcha atrás. Incluso bajé la escalera marcha atrás. Cuando salí de la casa y por fin me di vuelta, amanecía.

Recién levantado, papá me habló un rato largo sin parar. A lo mejor no dijo ni tres palabras juntas, pero yo no había dormido nada en toda la noche, con los acontecimientos recientes, y tenía tal boleo y confusión que las escuché multiplicadas: quería hacer un corral al lado de la cabaña y traer los caballos, la vaca y las gallinas, que eran nuestras; el problema era que no tenía un centavo. ¿Cómo iba a hacer para comprar alambre? Pensé donarle el billete de cien pesos y no lo hice, en parte porque sabía que no iba a alcanzar, y en parte porque el billete era un regalo de Johnny, y no hubiera sido justo que Johnny nos ayudara a pagar el corral, así que no abrí la boca. Cabeceaba de sueño, pero alcancé a darme cuenta de que empezábamos una nueva vida, una vida de pobreza total.

No teníamos baño ni cocina —aunque sí un monte y un calentador— y papá pensaba en un corral... Con ese proyecto en mente fue al pueblo a revender la motosierra y las herramientas. A su regreso, sin embargo, no trajo alambre sino provisiones (etcétera, vino, kerosene), lo que significaba que los animales, aun siendo artículos de primera necesidad, ya que nos manteníamos con una dieta de leche y huevos y de las mínimas variantes producto de su venta, además de verduras silvestres robadas en los campos vecinos, podían seguir donde estaban. Éramos capaces, según dijo, y yo estuve de acuerdo, de sortear sin mayores inconvenientes el pequeño inconveniente de ordeñar la vaca y recoger los huevos a la vista de Dima y de Romero, a los que papá no quería ni ver; de ahí la idea del corral.

—Buenas buenas —dijo Alicia estirándose en la puerta como un jeque en su palacio.

—¿Te casás?

—¿Cómo sabés?

—¡Me lo dijiste vos!

—¿Cuándo?

—Anoche.

Todas las conversaciones eran así de trabajosas con Alicia. Había que empezar siempre de cero. En eso no se diferenciaba en nada de la gente que había conocido en la ciudad. Por eso me gustaba Johnny, no sólo por los poemas que me leía: estaba siempre un paso por delante de la pregunta que se le iba a hacer, posición ahorrativa que te hacía sentir alada y veloz.

Alicia, en cambio, a veces hasta retrocedía. Le pregunté si la propuesta de casamiento era de él o de Sergia y me dijo:

—¿Qué Sergia?

Uno tenía que hacer con la mano el gesto de abandonar la conversación para que Alicia se impulsara hacia adelante como un elástico:

—Sí, sí, me caso, me caso. ¿Cómo sabés?

Y todo volvía a empezar. Era agotador.

—¿Tu madre está enterada?

—Mi vieja no sabe ni que soy el hijo —respondió él con un fognazo de resentimiento tan grande que me hizo desviar la vista.

Ahí fue cuando llegó papá con las compras. Vestía, como siempre, saco y corbata, y olía a perfume... Más tarde descubrí en la mesada que la compra incluía un desodorante en aerosol. Se lo veía contento. Silbaba.

—Me caso —le dijo Alicia.

—Felicitaciones —respondió papá y entró a la cabaña llevando las bolsas con la compra.

Yo me quedé dormida sobre unos troncos que habían sobrado de la construcción. Cuando desperté, papá estaba de cuclillas a mi lado. Pelaba unas zanahorias y las echaba a la olla sobre el calentador, donde hervía un pedazo de hueso con carne. Seguía silbando. Silbaba bien, y lo que silbaba parecía una composición, no una improvisación, que él interpretaba con mínimas torsiones de la lengua y hasta de la mandíbula, pero sin mover los labios.

—¿Qué silabas? —le pregunté cuando terminó.

—No quiero hablar de mi juventud.

—¿Así se llama?

—No. Es una canción que se me pegó de joven y que todavía llevo encima, pero no quiero hablar de eso. Cambiemos de tema. Primer día en la cabaña...

—¿Puedo hacerte un reportaje?

—¿A ver?

—¿Por qué se divorciaron vos y mamá?

—De la juventud te dije que no quiero hablar.

—¿Y con Dima?

—Bueno, Dima es una de esas mujeres que si te sonrío es para que le alcances algo, y cuando te tiene al lado te pide masajes. Además se enamoró de otro y se fue. Listo. Comamos. —Probó el caldo con la punta de la cuchara—. Falta.

Trajo de la cabaña la damajuana de vino y tres vasos y los sirvió.

—¿Dónde está ese chico?

—En Perdigón, seguro —le dije.

Me alcanzó un vaso y, aunque yo nunca había tomado alcohol, brindé con él haciendo fondo blanco y le pedí que me sirva otro. Después del segundo vaso ya estaba borracha. Él también. Seguía en cuclillas, balanceándose apenas, con los brazos cruzados sobre las piernas. Tenía los puños de la camisa completamente afuera de las mangas del saco, sucios, deshilachados, como mordidos. Tenía el pelo sucio, también. El pelo, la ropa, los dedos, estaba todo sucio, igual que yo.

Sumándonos a los dos, nadie hubiera podido encontrar un milímetro cuadrado que estuviera limpio. A una seña suya, traje los platos y otra cuchara y comimos callados diciendo que sí con la cabeza.

Yo me tomé un vaso de vino más. El sabor era amargo y picante, pero lo justificaba el efecto; no me importó no saber de qué reírme, me reía igual. Mientras

tanto, papá tironeaba con los dientes de la carne pegada al hueso y me miraba de reojo. Yo no quería tentarme, así que enderecé la columna, me persigné y me puse seria. Esa debió ser la primera vez en mi vida que hice la señal de la cruz. Después caí de espaldas en el pasto. «Levantate», me dije como si le hablara a otra. No pude. Además ya había comido, ¿para qué me iba a levantar?

Horas después abrí los ojos y vi a Romero duplicado. Tuve que mirarlo dos veces para convencerme de que no era efecto del alcohol, y dos veces más para darme cuenta de que no eran uno y su fantasma sino realmente dos; de lo contrario vestirían igual, y no era el caso. Tampoco hacían los mismos movimientos: uno salía de la cabaña, el otro estaba parado al lado de papá, que roncaba boca arriba. El primero le dijo algo al segundo y se fueron por donde habían venido.

Tuve la sensación de que no estaban meramente curioseando, sino buscando algo en particular, mientras se iban con paso simétrico, las cuatro manos en los bolsillos, las dos cabezas agachadas.

Por lo que pude averiguar esa misma tarde espiando por la ventana en la casa de Dima, los dos Romero y la pelirroja eran hermanos. Trillizos, para ser exactos. Así que la pelirroja, que primero me había parecido un varón disfrazado de mujer, después una mujer y por último un varón, era mujer. Usaba peluca, pero era mujer. Los hermanos Romero la llamaban Virgin, pronunciando Viryin. A ellos no conseguí distinguirlos. No supe cuál era el Romero amigo de Dima y cuál el Romero que acababa de llegar. El Romero Uno, por llamarlo de alguna manera, llevaba puesto un pulóver amarillo limón con escote en V, pantalón corto planchado con raya y mocasines marrones sin medias. Parecía un militante católico en un día de campo. Romero Dos era un poco más sobrio: todo de *jean*, con zapatos negros acordonados. Estaban los dos idénticamente nerviosos.

Romero Uno se paraba y se sentaba. Romero Dos permanecía quieto, con una nalga apoyada en la mesa y la vista fija en el suelo, pero apretando las mandíbulas con tanta fuerza que yo escuchaba el ruido de las muelas con toda claridad. Dima se paseaba a un lado y a otro cruzada de brazos. Había servido tres copitas de un licor oscuro que nadie tocaba.

—Si Virgin hubiera extendido la investigación a los pueblos vecinos estaríamos enterados —decía Romero Uno—. Y aunque no hubiera dicho nada, habría llamado para avisar. Nadie desaparece así porque sí. Algo le pasó.

—¡Pero qué, Dios mío, qué! —exclamó Dima haciendo un alto fúnebre en su paseo por el *living*.

Romero Dos la ignoró olímpicamente. Sacó del bolsillo una hoja de papel doblada en cuatro y se dirigió a su hermano, sacudiendo la hoja en el aire:

—Tenemos el mapa de la zona con el periplo de la investigación. Tenemos que hacer el mismo recorrido que ella. No tenemos un minuto que perder. Virgin puede haberse topado con el asesino o con los asesinos de la agente Solari y estar ahora mismo maniatada y amordazada en un galpón mientras el asesino o los asesinos deciden qué hacer. ¿Y qué van a hacer, si son asesinos?

No dijeron nada concreto sobre la visita que nos habían hecho (con excepción de Romero Uno, que comentó como al pasar: «Fuimos recién al rancho de tu exmarido...»). «¿Fue él? ¡Fue él!», dijo Dima), pero sí que se proponían rehacer el recorrido de la pelirroja casa por casa en toda la zona, lo que quería decir que tarde o temprano llegarían a la casa de Johnny, si es que no empezaban por ahí.

Planeaban dividirse, lo que no era poco decir teniendo en cuenta el parecido físico que los unía: uno iría a lo de tal y tal, y el otro a lo de tal y tal.

Tenía que avisarle a Johnny. Por lo menos para que estuviera al tanto y no se pusiera nervioso con la visita; dos crímenes y una investigación que no cesa —y que además se multiplica— puede poner nervioso a cualquiera. Me aparté de la ventana y encaré el camino al monte.

Segundos después los Romero salieron de la casa, casi sorprendiéndome, así que no tuve más remedio que meterme en el corral y fingir que recogía los huevos del día.

Los Romero se alejaron en un viejo Impala blanco, un auto larguísimo, seguramente de colección, al lado del cual el auto de Dima parecía un chiste. Dima se quedó parada en la puerta.

—¡Nena! —me llamó—. ¡Nena!

Yo no tenía ninguna gana de hablar con ella, ni siquiera de acercarme, pero al gesto de pregunta que le hice con los cinco dedos juntos hacia arriba respondió haciendo aletear una mano en el aire, y tuve que ir.

—Justo te iba a pedir eso —dijo. Yo llevaba dos huevos en cada mano—. Tengo gente a cenar. ¿Me podés juntar unos huevitos a mí?

—No hay más.

—¿Me das esos entonces?

—No, no puedo, son de mi papá.

—¿Y si te los pago?

—Tampoco.

Se quedó un momento en silencio, contrariada, mirándome fijo y triturándome con la mente. Después dio media vuelta, entró a la casa, salió colgándose la cartera de un hombro, subió al autito y puso primera en dirección al pueblo.

Yo esperé a que se perdiera de vista y entré a la casa. Nos había echado tan de repente que no habíamos tenido tiempo de llevarnos cosas esenciales para la vida en la cabaña. El pelapapas no era esencial, más bien todo lo contrario, pero lo agarré igual, además de un jabón y un rollo de papel higiénico. Puse todo en una bolsa de nylon y seguí buscando. No podía desaprovechar la oportunidad. En la cocina agarré una sartén y un paquete de sal; sobre un mueble del comedor había un lápiz: a la bolsa; en el baño agarré un peine; entré al cuarto que había sido de papá y que seguía igual, excepto por la valija de Dima abierta y despanzurrada en el suelo, y agarré dos frazadas del armario. Salí de la casa con los brazos cargados.

En el camino a la cabaña me reproché la demora. Tendría que haber ido a avisarle a Johnny inmediatamente, en lugar de priorizar nuestro confort. Apuré el paso. ¿Y si Johnny era el primero al que iban a ver? Los Romero habían salido juntos en el Impala, ¿en qué momento pensaban separarse? ¿Uno seguiría en auto y el otro a pie, de campo en campo, casa por casa?

No sabía si eran policías o no, pero no tenía ninguna duda de que, aunque lo fueran, ésta no era una investigación policial (para mí la policía ya se había dado por vencida hacía rato) sino familiar, lo que nos dejaba a todos afuera de los minúsculos resguardos de la ley oficial, como al descampado, por decirlo de alguna manera. Con estos Romero no se jugaba. Intuían que Virgin no estaba maniatada ni amordazada en ningún galpón de la zona, aunque ellos se disponían a rastrillarla con frenesí, como persiguiendo un latido, sino muerta, y bien muerta, y lo único que querían era encontrar al asesino y despedazarlo.

Johnny no estaba en su casa. Ni Johnny, ni el mono, ni la piragua. Di por descontado que había ido a remar y fui al arroyo, pero tampoco estaba allí. No al menos a la vista. A veces Johnny remaba arroyo arriba o arroyo abajo hasta los pueblos vecinos.

Mientras esperaba a que reapareciera, inspeccioné los alrededores en busca del lugar donde había enterrado a la pelirroja. No lo encontré. O lo había disfrazado muy bien o la había enterrado en otra parte. Mejor no saberlo. Esperé una hora y volví a la cabaña.

Papá charlaba y tomaba mate con Alicia, sentados en los troncos sobre los que yo había dormido una siesta horas atrás. Digo que charlaban, pero en realidad lo único que hacían era pasarse el mate, callados los dos.

Me acomodé en el espacio libre entre ellos y les pregunté si estaban al tanto de las novedades. A papá las novedades le importaban tan poco que aprovechó el tema para levantarse y meterse en la cabaña.

Mi intención era enterarlos de la existencia del Romero Dos, el que hacía ruido con las muelas, para que no dijeran vaguedades susceptibles de ser malinterpretadas en caso de que viniera a interrogarlos. Aunque a papá ya lo había interrogado Romero Uno, ahora había otro, y aun así ¿cómo saber si Romero Uno lo había tachado de la lista de sospechosos?

Alicio tampoco se mostró interesado. Me alcanzó un mate y dijo de sopetón que Sergia estaba embarazada y que él no sabía si quería casarse o no. «No estoy seguro», dijo. Esas sí que eran novedades.

—¿No estás seguro de casarte porque no estás seguro de amarla?

—Amarla, amarla —repitió como si le hubiera dicho un disparate—, qué sé yo.

—Pero Alicia, vos mismo me dijiste anoche, o anteanoche, ya ni sé en qué día vivo, que te ibas a casar, y me pareció que lo decías como si quisieras. ¡Y además ahora vas a tener un hijo! Alicia, eso es algo extraordinario. Sos un chico que va a tener un chico. ¿Lo sabe papá?

—Hablábamos de eso cuando llegaste.

—¿Y qué te dijo?

—«Qué bueno».

—¿Y Sergia?

—No sé. Me parece que a ella le da lo mismo. Dice que soy muy joven todavía. Que puedo ser padre perfectamente, pero *marido*... Son mis suegros los que hinchán. Ayer el padre me dijo que tenemos que legalizar el tema lo antes posible, para que no parezca de apuro. Trabaja en el Registro Civil, así que podemos pasar en cualquier momento, las veinticuatro horas, sin turno. Pero él quiere que sea mañana.

—¿Ya?

—¿Te das cuenta? Tengo toda una vida por delante y me corre. Y se va a salir con la suya, nomás. Mi suegra ya se compró el vestido.

—Pero Alicia, tanto si te casás como si no, vas a tener que hacerte cargo del bebé, conseguir un trabajo...

—Lo tienen todo pensado. Me hacen un lugar en la pieza del hermano de Sergia, un grandulón de treinta que perdió las piernas en un accidente y que todavía vive con ellos, y me dan trabajo en la mercería de mi suegra hasta que sea mayor de edad. Ahí mi suegro me mete en el plantel del Registro Civil y asunto cocinado. ¿Sabés si uno puede casarse y quedarse en su casa? No quiero irme a vivir a Perdigón.

—No, no sé. Supongo que sí. Pero ahora que me contás cómo viene la mano...

—¿Cómo viene la mano?

—Yo ni loca me iría a vivir a la casa de mis suegros, y eso que soy mujer. Imaginate vos. Te van a hacer lavar los platos.

—Quieren que estudie.

—¿Viste? A la mañana en la escuela y a la tarde vendiendo hilos y botones. Yo diría que ésa no es vida para vos, Alicia. Además ustedes se pelean mucho. Estando en la casa de ella te va a ganar todas las peleas.

—Tenés razón. Me caso y sigo viviendo acá. Tengo que darle el apellido al nene.

Mientras hablábamos nos habíamos puesto a caminar sin darnos cuenta. Nos dimos cuenta cuando paramos. Estábamos en un cruce de caminos. Todas las nubes a la vista se apoyaban en el suelo, con el cielo limpísimo por encima de ellas.

Sobre un poste de alambrado había un aguilucho. Alicia le tiró una piedra y le acertó, pero el aguilucho siguió en el poste como si nada. Fuimos a ver. Era un aguilucho de plástico, pintado muy detalladamente; un artilugio de chacarero para mantener los pájaros a raya.

Estábamos admirando las pinceladas de las plumas, tan realistas, cuando escuché el motor de un auto a lo lejos. Era el Impala. Salía de un campo y ahora tomaba el camino en dirección a nosotros.

—Alicio, el amigo de tu mamá tiene un hermano trillizo —le dije hablando a toda velocidad—. Son dos varones y una mujer. La mujer desapareció. La están buscando. Ese que viene ahí es uno de ellos. Escondámonos, yo sé lo que te digo. Si nos ve nos va a hacer un millón de preguntas y no quiero.

Nos tiramos de cabeza en la cuneta, entre los pastos.

Romero pasó al lado nuestro sin vernos. Manejaba mirando al frente, algo imposible de hacer en el campo, señal de que iba tenso; apretaba con las dos manos muy juntas la parte superior del volante.

Unos metros más allá se detuvo de pronto, y empezó a retroceder.

—¿Nos vio?

—Agachate, agachate —le dije.

El Impala frenó justo al lado nuestro.

Romero bajó la ventanilla, sacó una pistola, apuntó y disparó. La cabeza del aguilucho voló por el aire como una pelotita de ping pong. No había caído todavía que el Impala ya se alejaba otra vez.

Pero volvió a detenerse y a hacer marcha atrás. Sin duda Romero había echado un vistazo por el espejito retrovisor y le había llamado la atención que el aguilucho

siguiera firme en el poste, a pesar de haberle volado la cabeza con toda claridad.

Maldije la idea de escondernos. Hubiera sido mucho mejor quedarnos donde estábamos. Ahora Romero bajaría a ver por qué el aguilucho seguía en el poste y nos descubriría, y tendríamos que contestar el doble de preguntas: las que nos hubiera hecho si nos quedábamos a la vista y las que nos haría por habernos ocultado.

Ni bien Romero abrió la puerta y apoyó un mocasín en la tierra, tuve una idea más catastrófica todavía que la anterior: me eché sobre Alicia y lo besé en la boca. ¡Las cosas que una es capaz de hacer cuando es cómplice de un crimen, sólo para evitar que le hagan preguntas sobre el tema!

Romero se detuvo al vernos. Fue nada más que un instante, pero debió haberle alcanzado también para comprobar que el aguilucho era falso. Subió al Impala y ya no volvió.

Nosotros salimos de la cuneta y empezamos a caminar en dirección a la cabaña.

—No vuelvas a hacer eso nunca más —me dijo Alicia.

—Quedate tranquilo.

Iba pensando que el que había bajado del Impala tenía que ser el Romero Dos: primero porque el Impala era suyo, y segundo porque no conocía a Alicia, y a mí apenas si me había visto una vez y además dormida. Si no, hubiera dicho algo. Romero Uno, en su lugar, quizá hasta nos hubiera retado. Pero ¿no se preguntaba este Romero cómo era posible que no hubiéramos escuchado el auto ni siquiera una vez, con tantos arranques y retrocesos, y ni siquiera el disparo? Imposible. ¡Era evidente que estábamos fingiendo!

¿Cuál era la explicación? Pura lógica: Romero no se lo preguntaba porque no nos había visto. Y no nos había visto porque tenía la mirada en el aguilucho y la mente fija en el asesino. La cuneta, además, era bastante honda, y los pastos muy altos... ¿Así buscaba a su hermana?

—No vuelvas a hacer eso —me dijo Alicia por segunda vez.

Al otro día, ordeñando la vaca, escucho de pronto una voz que me dice:

—¿Por qué lo hiciste? —Era Alicia, pero no su voz—. ¿No ves que me voy a casar?

Hablaba con voz de galán. Estaba recién bañado, tenía puesta la misma ropa de siempre y ahora también un pañuelo al cuello.

Tuve que explicárselo todo de nuevo. Después, para cambiar de tema, le dije que había estado pensando en lo del matrimonio y que me parecía que para casarse iba a necesitar una autorización de la madre.

—Ya sé —dijo él.

Dio media vuelta y fue directo hacia la casa de Dima.

Lo dejé entrar y corrí hasta la ventana. Dima hablaba por teléfono. Se la veía preocupada. A su lado estaba el abogado enano que nos había visitado meses atrás. Pitaba de un cigarrillo apagado.

Alicio, quieto en la puerta, llamaba de tanto en tanto con timidez:

—Señora...

En determinado momento Dima dijo al teléfono:

—Espéreme un segundito, por favor —tapó el teléfono con la mano y giró hacia Alicia—. Sí, querido, decime. ¿Qué andás necesitando?

—Una autorización para casarme —le pidió Alicia.

—Ya estoy con usted —dijo Dima al teléfono y volvió a taparlo—. ¿Y de dónde cornos voy a sacar yo ahora una autorización, con los problemas que tengo?

—La escribe.

—Yo me encargo —dijo el abogado.

Dima retomó su conversación telefónica.

El abogado prendió el cigarrillo y se arrimó a Alicia.

—¿Cuántos años tenés?

—Quince para dieciséis.

—Es válido el matrimonio celebrado entre menores de catorce años para arriba, sin permiso de los padres. Andá tranquilo.

Un minuto después Alicia y yo volvimos a reunirnos en el corral.

Mientras Alicia ajustaba la montura y yo exprimía la vaca, llegó el Impala de Romero. Tenía embarradas las ruedas, tanto como Romero los zapatos. Bajó y empezó a caminar hacia nosotros.

—Vos no digas nada —le dije a Alicia—, dejame hablar a mí.

—Hola, chicos.

—Hola —dije yo.

—¿Qué hacían? ¿Interrumpo algo?

Negamos con las cabezas.

—¿Ustedes mataron a alguien en los últimos días?

Era una pregunta sorprendente. A mí me dejó helada. Por suerte Alicia seguía con la mente en el matrimonio y dijo que no con toda naturalidad; en los últimos días no

había matado a nadie.

—Les hago esta pregunta —continuó Romero— porque últimamente se han producido una serie de crímenes que a mí, por lo menos a mí, me dejan con la boca abierta. ¿Por qué? Porque en Huel no hay dónde esconderse, y sin embargo el asesino se esconde de lo más bien, lo que quiere decir que está a la vista. ¿Por qué digo esto? Porque todo el tiempo tengo la sensación de tenerlo enfrente. Por ejemplo: ahora mismo creo que a mi hermana, la segunda víctima, la mataron ustedes. No, no me digan nada. Es un ejemplo. Los miro y me doy cuenta de que ustedes no tuvieron nada que ver... pero sí que podrían decirme quién fue. ¿Por qué pienso eso? ¿Quiéren saberlo? ¿Quiéren que les diga por qué? —Hizo una pausa y agregó en voz baja—. Chicos, a mí los discursos me cansan más que a ustedes. ¿Qué saben?

—Nada —dijimos al mismo tiempo Alicia y yo.

—¿Seguro? ¿Por qué será que tengo la sensación de que algo saben? ¿Están al tanto de que si saben algo y no lo dicen pasan automáticamente a ser encubridores y hasta cómplices de asesinato?

—Sí.

—¿Vos quién sos? —le preguntó a Alicia.

—Es el hijo de la señora Dima —dije yo.

—¿Vos sos el hijo de Dima? —lo miró de arriba abajo—. ¿Sabés la angustia que está pasando tu madre? Yo tengo una hermana y desde ayer también un hermano que no aparecen por ninguna parte, un hermano que es muy, muy, muy amigo de tu madre. Ella estaba ilusionada con instalarse de nuevo acá, pero ahora, con todo esto, tiene tanto miedo que...

—¿Se va a ir?

—No sé, habría que preguntarle a ella. ¿Entonces? ¿Vieron algo, escucharon algo? ¿Saben que hay una recompensa jugosísima para el que aporte datos que puedan ayudar a resolver el caso?

Alicia y yo nos miramos (en los ojos de Alicia brillaba la promesa de recompensa, en los míos la desaparición de Romero Uno) y dijimos que no.

Terminada esta desagradable conversación se fueron los dos, Romero a la casa de Dima, y Alicia galopando al casamiento. Yo agarré el balde de leche y volví a la cabaña.

La noticia de que Romero Uno no aparecía por ninguna parte me había estremecido, pero esta vez yo no había estado allí, no había visto nada, y quería olvidarme y mantenerme al margen de este nuevo crimen. Claro que el hecho de que no hubiera estado allí y no hubiera visto nada no significaba que no supiera quién era el asesino. Tuve que hacer un gran esfuerzo para distraerme y pensar en otra cosa, a tal punto que el crimen parpadeaba en el interior de mi cabeza, tendido entre una oreja y otra como el filamento de una bombita de luz a punto de quemarse.

La distracción que tanto necesitaba me llegó de la mano de papá: lo encontré armando una caña de pescar con una de las tanzas que había usado en los percutores.

La boya era un corcho, y el anzuelo un pedacito de alambre doblado en U.

Lo copié en todo con entusiasmo, y unos minutos después, cada cual con su caña, nos fuimos al arroyo a pescar.

Volvimos con un pejerrey del tamaño de un brazo. Mientras papá lo limpiaba, puse la olla con agua al fuego y fui a robar unos choclos al campo vecino.

A la vuelta me quedé un rato mirando las flores esféricas de un espinillo; eran tan pero tan amarillas que el amarillo se sentía en la vista como al tacto. Entonces vi entre sus ramas una calandria y me quedé otro rato mirándola a ella. En determinado momento le silbé. Para mi sorpresa, la calandria imitó el silbido con precisión. «Preciosa», le dije silbando. «Preciosa», dijo ella. «Que tengas un buen día». «Que tengas un buen día». ¡Hacía tanto tiempo que nada me arrancaba una sonrisa!

Estaba a punto de irme cuando de pronto se me ocurrió que, si regresaba por el mismo camino por el que había venido, algo malo me iba a pasar. No soy supersticiosa y nunca lo fui, pero volví por otro. Tuve que dar un pequeño rodeo, nada importante; el caso es que llegué a la cabaña y me puse a pensar en qué sería lo que había evitado o de lo que me había salvado al cambiar de camino. Durante el almuerzo no hice más que pensar en eso. No podía sacármelo de la cabeza. La intriga se hizo tan grande que, para resolverla, fui de nuevo hasta el espinillo —la calandria ya no estaba— y regresé a la cabaña por el primer camino. Cuando llegué, papá había muerto.

No quería quedarme sentada junto al cuerpo sin vida de papá y sin embargo me quedé ahí durante horas, mirándolo. En algún momento creí reconocer en su cara algún rasgo mío; en otro tuve la sensación de recordarlo tal como era cuando yo era una niña; en otro, me pareció ver la cara de alguien con quien años atrás me había cruzado en la calle; en otro, me produjo el mismo efecto de aquel día en la estación de trenes: era un hombre cualquiera, pero también mi papá. Lo miré hasta que lo desconocí.

No tenía ninguna intención de dar aviso de su muerte a las autoridades; prefería, si es que alguien lo buscaba alguna vez, decir que había salido, o que estaba de viaje, antes que ir a parar a un orfanato o al seno de una familia sustituta, y fui en busca de Johnny para que me ayudara a enterrarlo. Johnny no estaba, así que tomé prestada su pala, elegí un sector de tierra blanda en medio del monte y cavé hasta bien entrada la noche. En determinado momento escuché el silbido de la calandria con la que había conversado el día anterior. «Preciosa», silbó.

—¡Fuera! —le grité.

Al otro día —había dormido tan profundamente que seguí soñando un rato más después de haberme levantado, a pesar de que era una ensoñación perturbadora— iba hacia la casa de Johnny a devolverle la pala cuando de pronto lo vi salir de entre unos árboles a lo lejos, tambaleándose, esposado con las manos adelante. Lo rodeaban tres policías. Uno lo sujetaba de un brazo. Otro llevaba un pico y una pala. Con ellos también estaba Romero Dos.

A juzgar por la tierra en los pantalones oscuros del policía que llevaba las herramientas y que le llegaba hasta las rodillas, venían del lugar donde Johnny había enterrado a Romero Uno, y se dirigían hacia el lugar donde había enterrado a la pelirroja. Johnny seguía con la venda en los ojos; ahora que lo habían hecho confesar, seguramente bajo tortura, la venda producía la impresión de alguien que va a ser fusilado.

Di media vuelta, volví a la cabaña y me senté a esperar. No estaba triste ni asustada sino rabiosa; sentía rabia por la muerte de papá, no tristeza; rabia ante la posibilidad de que vinieran a detenerme, no temor.

Horas después, sin embargo, nadie había venido por mí, excepto el mono. Me arrepentía de haber echado a la calandria y la buscaba con la vista cuando lo descubrí, colgando cabeza abajo, agarrado de una rama con la cola. En ese preciso instante caí en la cuenta de lo sola que me había quedado en Huel. Y no solamente en Huel: en el mundo también.

Entonces me llegó un fuerte olor a quemado. Por encima de los árboles vi una columna de humo. Corrí hasta la casa de Johnny. La casa estaba envuelta en llamas. El techo, el ventanuco, la puerta, el libro, todo escupía fuego, haciendo el mismo ruido de una masticación amplificada. El techo se desplomó en un abrir y cerrar de ojos. Lo siguió la pared del frente y enseguida la pared opuesta, y por último las dos

restantes; cayeron todas hacia adentro, una sobre la otra. Sentí que mi pecho también se plegaba sobre sí mismo, tal como había sucedido con la casa.

Lo único que quedó en pie, si es que puede decirse así, fue la piragua, parada contra un árbol. Fui a buscarla y la arrastré hasta la cabaña.

Un rato después caminé paso a paso hasta la casa de Dima. La puerta del frente estaba cerrada con una cadena y un candado, lo que me pareció ridículo, ya que las ventanas del fondo tenían los postigos rotos y cualquiera podía entrar cuando quisiera. No había rastros de Dima, ni su ropa, ni su valija, absolutamente nada. Sobre la mesa del comedor encontré un cortaplumas de mango nacarado, con un botoncito que apenas presioné dejó escapar una hoja blanca y muy filosa. La cerré y me la guardé en un bolsillo.

Entré al cuarto que había sido de papá y luego de Dima y salí acongojada, llevándome un pote de crema humectante con olor a naranjas que Dima se había dejado en la mesa de luz. En la cocina agarré una caja de fósforos y una botella de aceite, pero no me gustaba estar sola ahí adentro así que me fui enseguida.

Ya en la cabaña, freí unos huevos que había rescatado en el corral y comí hablando sola, aunque dirigiéndome a papá. Tomé un vaso de vino y me quedé dormida. Desperté de noche.

Para mí no había nada peor que tener toda la noche por delante, así que tomé dos vasos de vino más y dormí hasta que amaneció.

Lluvia y sol, lluvia y sol, así fue la primera semana luego de la muerte de papá. El barro y la ropa no alcanzaban a secarse.

Recordé que al llegar a Huel traía una mochila con un pantalón, una remera y un par de zapatillas, y me metí de nuevo en la casa de Dima, pero no la encontré por ninguna parte. Hacía meses que tenía puesto lo mismo. Esperé a que tocara un día de sol, agarré la piragua y un jabón y fui al arroyo. Lavé la ropa. La extendí sobre la piragua y, completamente desnuda, remé arroyo arriba y arroyo abajo hasta que estuvo seca. Casi me muero cuando me di cuenta de que había lavado el pantalón con el billete de cien pesos adentro. Pero alcancé a salvarlo. Me limpié las uñas con el cortaplumas, me pasé un peine por el pelo y caminé hasta el pueblo.

Entré a la escuela y le pregunté a la primera persona que vi —una señora muy bonita, con un rodete larguísimo sobre la nuca— qué tenía que hacer para empezar las clases. La señora me hizo pasar a una oficina, me convidó una pastilla de miel y me preguntó tantas cosas que terminé yéndome de golpe. Lo único que saqué en claro era que no podía empezar las clases con el año tan avanzado. Además, aquella era una escuela primaria y yo debía empezar el secundario. Y en Huel no había secundario. Tendría que ir a Perdigón. ¿Podía hablar con mis padres?

«¿Podría hablar con tus padres?», repetí en tono de burla un rato después, ordeñando la vaca. La ordeñaba por piedad, más que por cualquier otra cosa. Aunque también para charlar un poco. ¿Dónde se había metido Alicia? Era evidente que lo habían pescado bien pescado. ¿Volvería? ¿Y qué haría si volvía?

Estaba completamente sola. Todos los adultos se habían ido, cada cual por su lado. Los días pasaban siempre iguales, siempre largos y lentos. No había nada que hacer. Una tarde caminé desde la cabaña hasta la casa de Dima poniendo un pie justo por delante del otro, como quien mide el terreno. Era un andar tan milimétrico que a cada rato perdía el equilibrio.

Por suerte no volvió a llover. Con sol, sin embargo, el campo parecía más grande y más vacío. A veces se escuchaba el motor de una cosechadora, pero no veía nunca a nadie, ni siquiera de lejos. Hasta el mono se había hecho invisible.

Fui a caballo hasta Perdigón. Pasé toda la mañana preguntando por Sergia; no sabía el apellido, pero creí que la peculiaridad del nombre bastaría para llevarme hasta Alicia. Daba por descontado que a él no lo conocía nadie. Pregunté por Sergia incluso en el Registro Civil, donde trabajaba su padre. No, nadie había oído hablar nunca de ninguna Sergia. En determinado momento pasé por la puerta de la papelería de Barandeli. Pensé en entrar, pero seguí de largo. Barandeli me hubiera preguntado qué me había parecido su libro y yo no quería mentirle, lo que me hizo sentir mala, más que honesta. Era tan fácil darle una alegría que estuve a punto de volver, pero ya me había alejado bastante y lo dejé para otra vez.

Una mañana paró un auto frente a la casa. Bajaron dos hombres y una mujer. Uno de los hombres, lo reconocí enseguida, era el abogado enano, que al parecer se dedicaba también al negocio inmobiliario; supe, sólo con verlos, que el otro hombre y

la mujer eran posibles compradores y que éste venía a mostrarles la propiedad. Abrió el candado, quitó la cadena y se hizo a un lado para dejarlos pasar.

Una carrerita y me zambullí en la casa por la ventana del fondo. Tendría tiempo de sobra para salir de nuevo cuando quisieran ver el desván. Por el momento subían la escalera en fila india. Visitaron los cuartos y los baños del piso de arriba, abrieron y cerraron puertas y ventanas, y bajaron otra vez en fila india, callados los tres. «No se puede negar que es una oferta inmejorable», ronroneó el abogado. El hombre asintió con la cabeza y se dirigió a la mujer: «¿Pero qué es lo que te impresiona?», le preguntó. «No sé», dijo ella abrazándose a sí misma y estremeciéndose. «Todos esos crímenes...». «Ninguno aquí, ninguno aquí», repitió el abogado con tono de haberlo dicho ya varias veces. Yo me quedé en la casa un rato más después de que se fueron.

Ese mismo día tomé un tren en dirección a Perdigón Rasante. No pensaba bajar allí sino en Raymi, una ciudad setenta kilómetros al norte de Perdigón. Recordaba que en mi primer viaje hacia Huel, desde la ciudad, el tren se había detenido en la estación de Raymi y yo había visto por la ventanilla que se trataba de un pueblo bastante grande, con una avenida de doble mano llena de autos y de comercios. Si no encontraba una librería en Raymi, podía darme definitivamente por vencida.

Siguiendo las indicaciones de la primera persona a la que pregunté, llegué a una librería en la que un muchacho de pelo rubio muy largo, sentado frente a una computadora, tarareaba (o componía) una melodía con una guitarrita rosa, un ukelele, quizá. No se interrumpió apenas entré, sino un minuto después, y me preguntó en qué podía ayudarme. Le dije que buscaba un libro de poesías.

—¿Alguno en particular?

Como yo vacilaba, porque no quería decir «cualquiera», ya que eso era lo mismo que pedirle una recomendación y yo no quería que ningún desconocido me recomendara nada, sacó de un estante un libro con dibujitos que ni siquiera toqué.

—No quiero un libro para chicos. Quiero el mejor libro de poesías del mundo.

—Ja ja —dijo él sin reírse—. Elegí vos misma.

Señaló un estante a mi espalda. Tenía tantos libros de poesías que no lo podía creer. Eran todos muy finitos y había que esforzarse para leer los lomos, así que saqué uno al azar. En la tapa había una foto de una aurora boreal. Se llamaba *Canto ceremonial contra un oso hormiguero*. El poeta se llamaba Antonio Cisneros. No me gustó que el título del libro y el apellido del poeta terminaran los dos con «ero». ¿No hubiera sido mejor que el título fuera *Canto ceremonial contra el oso hormiga*? Pero no lo dije, solamente lo pensé. Abrí el libro en cualquier parte y leí:

*La araña cuelga demasiado lejos de la tierra,
tiene ocho patas peludas y rápidas como las mías...*

—Lo llevo —dije enseguida.

—Es un poeta peruano, como César Vallejo —dijo el muchacho—. ¿Querés echarle un vistazo a éste? —agregó alcanzándome otro libro, *Trilce*. Lo abrí también al azar y leí:

Este piano viaja para adentro...

—Lo llevo.

Estaba muy excitada, sentía que el corazón me latía en la punta de los dedos. Pero, cuando el muchacho hizo la cuenta, resultó que los cien pesos me alcanzaban sólo para uno de los dos libros. Una vez más, me negué a pedirle que me recomendara cuál de los dos llevar, así que hice un rápido Ta-Te-Ti, pagué y me fui.

Tal como había hecho meses atrás en Perdigón con el poemario de Barandeli, caminé leyendo (no entendía nada, pero algo me decía que tenía un libro maravilloso en las manos) hasta que llegué a la estación. En una pizarra electrónica me enteré de que el próximo tren a Huel pasaba recién al otro día. Eran las siete de la tarde. Me senté en un banco a esperar.

Estaba muerta de hambre. La sensación del hambre me tomó por sorpresa y me llamó la atención: nunca antes había tenido hambre. Me dije que a lo mejor el hambre tenía que ver con el libro, con la excitación que me producía el libro; fuera lo que fuese, el caso es que tenía hambre. Era una sensación muy molesta y no me dejaba leer. Me habían sobrado quince pesos. Planeaba gastarlos en un paquete de cigarrillos y fumármelos en honor de Johnny, pero no pude resistirme a los sándwiches de miga que me sonreían con ojos de jamón desde el interior de una caja de vidrio. Me comí dos. Ya más tranquila, me acosté a lo largo del banco en el andén, apoyé la cabeza en la mochila y me quedé dormida. No tomé consciencia de que tenía la mochila en mi poder hasta que me despertó la campana que un guarda hizo sonar con una mezcla lánguida y a la vez enérgica de rutina y de fastidio. Seguramente había encontrado la mochila en mi última incursión a la casa de Dima, después de que los interesados en su compra se fueran, y la había llevado siempre conmigo sin notarlo, o sin prestarle atención; después de todo, mi mochila y yo juntas éramos lo más natural del mundo. Llegó el tren.

Dos horas después bajé en Huel. Fui la única en bajar. La estación estaba desierta.

La estación de Huel tenía, como la estación de Perdigón y como la estación de Raymi, salvando las diferencias de tamaño y la variedad de ofertas, un pequeño bar con algunas mesitas donde la gente solía reunirse a tomar un café o un vermouth y a hablar de esto y de aquello con despreocupación. Al pasar por allí —había que atravesar el bar para salir al pueblo— escuché que alguien mencionaba entre risas a papá y me detuve en seco. Sentados a una mesa había tres borrachines de mediana edad: uno pelado, otro de boina, otro con pelo hasta las cejas y de pañuelo al cuello. Este último era el que había hablado, los otros se reían. Me fingí interesada en unas revistas de maquinarias agrícolas que colgaban de un exhibidor y paré la oreja; no

alcancé a escuchar nada más, porque hablaban en voz muy baja, como en secreto, pero algo me dijo que estaba en presencia de los que tantas veces habían roto los cimientos de la cabaña. Salí del bar y esperé afuera.

Diez minutos después salieron ellos. Me pasaron al lado sin mirarme, cruzaron la calle y se separaron: dos fueron para un lado y el del pañuelo al cuello para el otro. Lo seguí. En las calles no había un alma, pero en ningún momento se dio cuenta de que le iba pisando los talones. Para no llamar su atención, evité mirarlo. Se dirigía hacia el arroyo.

Ya a campo abierto, en un sector que parecía un baldío, lleno de maleza y de basura, metí una mano en el bolsillo, apreté la navaja y lo llamé. Ni él ni yo nos detuvimos. Es más: se dio vuelta y al verme empezó a correr. ¿Me conocía? Lo más probable era que sí, teniendo en cuenta su reacción, pero ¿por qué no me enfrentaba, en lugar de huir? Era mucho más rápido que yo y enseguida lo perdí de vista.

Guardé la navaja, que había sacado sin darme cuenta, y me detuve a recuperar el aire. Después caminé hasta el arroyo. No podía entender cómo era posible que hubiera hecho algo tan descabellado como amenazar y perseguir de esa manera a un desconocido. Para volver a la realidad me lavé la cara y las manos, saqué el libro de la mochila y me tiré de espaldas en el pasto.

Leía distraída, con la mente en cualquier parte, cuando de pronto escuché los golpes de un remo en el agua. Era Johnny, o alguien muy parecido a él. Acababa de pasar por delante de mí en su piragua, con el monito en la proa. Grité con todas mis fuerzas, llamándolo. Sí, era él, se dio vuelta y vi que era él. No tenía puesta la venda; me miró directamente a los ojos, alzó un brazo en señal de saludo y volvió a remar. Sentí una alegría inmensa y también un inmenso desconsuelo. Estaba libre; la policía no había conseguido arrancarle ni una palabra aquella tarde en la que los vi salir de entre los árboles, con un pico y una pala; seguramente cavaban allá y aquí, en cualquier lugar donde hubiera el menor indicio de tierra removida. ¿Dónde vivía, ahora que le habían quemado la casa? Johnny era capaz de vivir en la piragua mientras levantaba una casa nueva. Genio. Pero ¿por qué no había parado al verme? ¿Me había reconocido? A lo mejor no. A lo mejor sí, y aunque la policía no había podido probarle nada, lo vigilaban, y Johnny simulaba no saber quién era yo para no comprometerme.

De todos modos, me quedé ahí a esperarlo. Esta vez, cuando pasara delante de mí, le seguiría el juego y no haría ningún espamento; me limitaría a saludarlo con la mano, o mejor todavía, con el libro en la mano.

Se hizo de noche. Me dije que tal vez Johnny se había instalado en otro lugar, arroyo arriba, y que ya lo vería mañana, o cuando él lo creyera oportuno. Teníamos que ser cautos. Me levanté y me dirigí hacia la cabaña.

A mitad de camino vi luz en la casa de Dima. Había sido un día largo y estaba cansada, y ahora también fastidiada: ¿quién podía ser tan atrevido para meterse en la casa a esa hora? Fui hacia allí y me asomé a la ventana. Lo que vi hizo que se me

parara el corazón; me latían las sienes, las orejas, el cuello, pero no el corazón. Di un salto atrás. No era posible. Papá salía de la cocina con un plato en las manos.

Cuando volví a mirar, ya se había sentado y comía sin apuro. Tenía puesta una camisa a rayas, con los puños muy prolijamente doblados, y no estaba tan flaco como la última vez que lo había visto, ni tan pálido. Segundos después de que empezara a comer apartó la silla, se levantó y fue a buscar algo a la cocina.

Yo abrí la puerta de entrada. Me temblaban las piernas. La casa se veía respetablemente limpia y ordenada, incluso cálida. Quise dar un paso adentro y no pude. Me quedé parada en el umbral.

—¿Papá? —le dije en un hilo de voz cuando volvió al comedor. Traía un pedazo de pan en la mano.

—¿Irina?

No pareció sorprendido de verme sino más bien pensativo, como si reacomodara y ordenara cosas en algún lugar de la cabeza. Después se inclinó sobre mí y me acarició el mentón.

—Qué grande estás —dijo—. Fui a buscarte ayer a la estación. Pensé que ya no venías. ¿Qué pasó?

—Bajé en Raymi a comprar un libro y... —dije como pude.

Papá se sonrió, mitad compinche y mitad retándome. Ya tendríamos tiempo de hablar de eso, pareció decir. Agarró mi mochila, la colgó sobre el respaldo de una silla y, lacónico como siempre y más formal que nunca, me indicó que me sentara.

—Contame —dijo—. ¿Viajaste bien?

En ese momento llegó Alicia. Entró haciendo el gesto de *fuck you* con el dedo anular, en el que llevaba un anillo de plata:

—¡Me casé!



SERGIO BIZZIO. Nació en Villa Ramallo, Buenos Aires, en 1956. Novelista, dramaturgo, poeta, guionista y director de cine, publicó las colecciones de poemas: *Gran salón con piano*, 1982; *Mínimo figurado*, 1990; *Paraguay*, 1995; *El abanico matamoscas*, 2002 y *Te desafío a correr como un idiota por el jardín*, 2008. Las novelas: *El divino convertible*, 1990; *Infierno albino*, 1992; *Son del África*, 1993; *Más allá del bien y lentamente*, 1995; *Planet*, 1998; *En esa época*, 2001; *Rabia*, 2004; *Era el cielo*, 2007; *Realidad*, 2009; *Aiwa*, 2009; *El escritor comido*, 2010 y el libro de relatos *Chicos*, 2004. Es autor de obras de teatro: *Gravedad*, 2000; *La China*, 1997, y *El amor*, 1997. Las dos últimas en colaboración con Daniel Guebel, con quien también escribió *El día feliz de Charlie Feiling*, 2006. Ha sido traducido al inglés, francés, italiano, portugués, hebreo, búlgaro, holandés y alemán.